



JEREZ.—La Colegiata.

nía la influencia suficiente para que se abrieran á su paso las puertas del maravilloso templo, y hubimos de tornar, en demanda del oportuno permiso, con las manos en la cabeza. Y digo por fortuna, porque gracias á eso pudimos lograr nuestro deseo al día siguiente, más despacio, con toda la calma necesaria, y acompañados por algunas personas distinguidas é ilustradas que hicieron admirablemente los honores.

Pero... no embrollemos los asuntos, y ustedes dispensen la digresión; pero ¡ay! en Jerez es difícil tener la cabeza lo suficientemente firme para imponerse y seguir orden en los discursos.

El caso fué que echamos por la calle Larga adelante en busca de amigos, y que no tardamos en encontrarlos, á Dios gracias, y expansivos y cariñosos por las razones apuntadas al hablar de Cádiz.

Y ahora... permíteme el lector si no me detengo cuanto debiera y quisiera, por la escasez de espacio de que dispongo, en la descripción de la importante y celeberrima ciudad andaluza, que muy detenida y detallada la merece.

La citada calle Larga lo es, efectivamente, y bulliciosa y alegre como pocas, como centro del comercio y punto de reunión del vecindario que pasea. En ella están casi todos los casinos, que son incontables, situados en los pisos bajos, dejando ver, á través de las cancelas y de las ventanas abiertas siempre de par en par, las elegantísimas habitaciones adornadas y amuebladas caprichosamente, con gusto exquisito, y pudiera decirse que en competencia.

Hubimos de contentarnos con visitar dos: el *Jerezano*, con un magnífico patio al estilo del de Cádiz, y el *Nacional*, en el cual llaman la atención el salón de baile, verdaderamente suntuoso, y

el comedor, recientemente decorado con un lujo severo y una riqueza sólida que demuestran el estado próspero y floreciente de la sociedad.



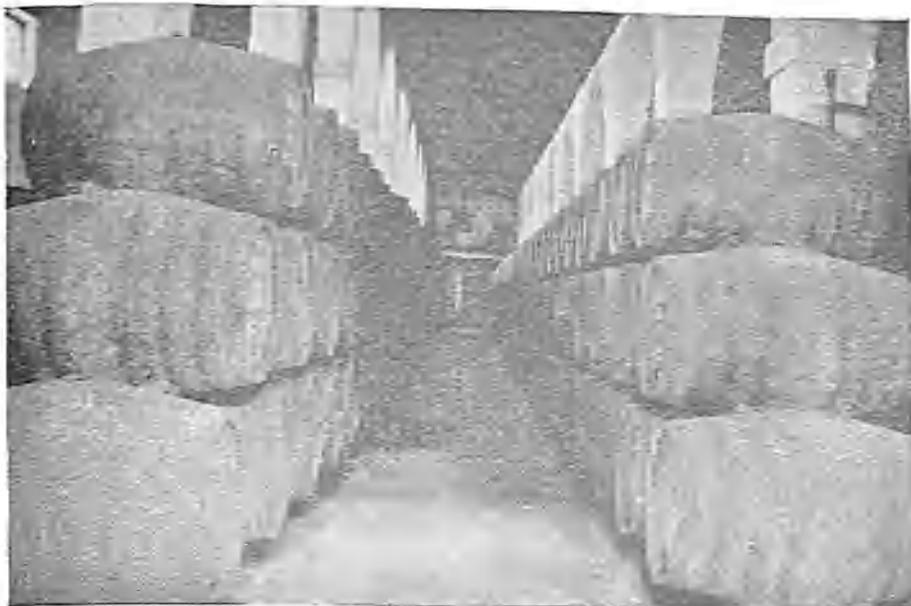
Carreta con dos botas de vino.

Por cierto que en uno de ellos, gracias á la amenísima conversación de nuestros acompañantes, me enteré de un detalle que aún me resisto á creer y que ustedes tampoco creerán, de seguro.

Piensa todo el mundo que las bodegas de Jerez no pueden dar abasto al mercado por el inmenso consumo que de sus preciados líquidos se hace, y que ésa es la razón de que el comercio tenga que apelar á viles falsificaciones. ¡Pues no, señores! Jerez atraviesa en estos momentos, según quien tiene motivos para saberlo, una tremenda crisis vinícola. Hay más viñedos de los que hacen falta y la demanda es menor que los productos. No se comprende eso, ¿verdad? Pues allí lo explican diciendo que cuando la exportación llegó á su mayor auge por los beneficiosos tratados de comercio, entró una verdadera fiebre de plantación; cambiaron los tratados y las circunstancias, y vino una espantosa depreciación de las viñas, y con ella la ruina de infinidad de propietarios. Tanto es así, que este año compensará esa crisis la cosecha de cereales, que ha sido abundantísima. A pesar de estas explicaciones, supongo que todavía habrá quien dude que los felices mortales que tienen viñas en Jerez se arruinan por tenerlas; pero... yo cuento lo que me contaron, y punto en boca.



JEREZ.—Consistorio viejo, hoy Biblioteca pública.



JEREZ.—Una nave de la bodega del Sr. Segovia.

VIII

Los edificios más notables de Jerez son:

El cabildo viejo, cuya fachada pueden ustedes ver en el grabado correspondiente, que fué convertido en biblioteca pública en 1873, y ya cuenta con 10.000 volúmenes admirablemente catalogados y dispuestos; la iglesia colegial, antiguamente mezquita, hermoso templo gótico con una altísima y gallarda torre separada de él por una calleja; la iglesia de San Dionisio, patrón de Jerez, con una campana cascada que solamente suena el día de la festividad del santo y en los de Semana Santa, en que no tocan las otras, y cuentan que se cascó en fuerza de repicar celebrando las victorias de los jerezanos; la plaza de Abastos, muy espaciosa, muy bien acondicionada y extremadamente limpia, y el Ateneo Jerezano, aún no concluido, que será seguramente digno de la sociedad que ha de ocuparlo.



Bodegas de González Byass. Encajando los arcos.

Y heté que llegó la noche, que se iluminó espléndidamente la calle Larga con poderosos focos de arco voltaico, que se animaron con bulliciosa concurrencia la salas de los casinos y que en una de ellas nos echaron los amigos las cariñosas zarpas para llevarnos á cenar á la clásica tienda de



JEREZ.—Casa antigua llamada de los Riquelmes.

ballería; y los segundos, usan kepis de visera recta, poncho y carabina con bayoneta calada; esto de la carabina á consecuencia del sangriento y terrible ataque de los anarquistas á la población que se verificó con dolorosas consecuencias hace algunos años.

Madrugamos para ir á la bodega.

Pero antes visitamos los depósitos del agua, una de las obras públicas más importantes de Jerez y de la cual se enorgullece con razón. Están estos depósitos en el Tempul, hermosísimo parque con frondosas arboledas, fuentes, estanques y paseos, desde cuya parte alta se goza la admirable perspectiva de la campiña jerezana, una de las más ricas y pintorescas del orbe. Forman los viñedos extensísima sábana verde que ocupa muchas leguas en contorno, sábana salpicada por las casitas blancas de las heredades y los cortijos y los bosques de naranjos y otros frutales que embalsaman la atmósfera, bajo un cielo transparente y purísimo que, según la frase feliz de no sé quién, ríe constantemente.

Respecto á los depósitos, todos los elogios de que yo pudiera disponer me parecerían escasos. Solidez en la construcción, orden y limpieza en las galerías, abundancia de agua y extremado cuidado en todo...

Pero dejemos el agua para los peces y vamos al vino.

IX

Las bodegas de González Byass, cuyas marcas acreditadísimas han recorrido el mundo, son, por estas razones del anuncio



Sereno de Jerez.

montañés. Era la que nos tocó en suerte un hermoso edificio de dos pisos, con espaciosos cuartos, enrevesados pasillos y parroquia numerosa, á juzgar por el ruido ensordecedor de chillidos, carcajadas, voces y choques de vajilla que salía incesantemente de todas las ventanas y por las rendijas de todas las puertas. Porque hay que advertir que los mozcós que sirven en estos establecimientos tienen á gala, y como una especie de obligación el hacerlo con una rapidez vertiginosa, colocar platos, copas y botellas arrojándolos sobre la mesa al desgaire y recogerlos del mismo modo, sin romper un solo cacharro, con lo cual se produce un estrépito indescriptible y que asusta al que no tiene costumbre de oirlo, porque no parece sino que se hunden á la vez todos los armarios de una despensa.

Llámanse en Jerez gorilas (ignoro por qué causa) las muchachas de vida alegre que andan sueltas y no lo son oficialmente. Pues bien, aquella noche estaba la tienda atestada materialmente de gorilas; de modo que entre el chis chas de la vajilla y la alegría desbordante de las mujeres el colmado parecía arder en una juerga loca, infernal y simpática al mismo tiempo...

Y antes que se me olvide: los guardias municipales y los serenos no se parecen á los de ninguna otra parte. Visten los primeros traje negro de americana, sombrero hongo con escarapela y sable de ca-



Una galería en la bodega de González Byass.

y de la propaganda, las más visitadas por los forasteros. Esas fueron las que escogimos también nosotros, como he dicho antes, para formarnos aproximada idea de cómo son todas las demás salvando, naturalmente, las diferencias de extensión, importancia, tráfico, etc., etc.

Las susodichas bodegas forman un pueblo, un verdadero pueblo grande compuesto de soberbios y sólidos edificios, plazuelas, jardines, glorietas, terrazas, caminos y... ferrocarriles. Para recorrer y reconocer todo aquello detenidamente se necesitan un par de días... comprometiéndose a resistir la tentación de probar el vino. Porque con el sistema que se usa por todos los cosecheros jerezanos, y particularmente por la casa González Byass, se hace sumamente difícil el estudio, y á los pocos minutos de caminata empiezan á verse dobles los objetos, y no hay quien se forme idea justa y cabal de lo que está haciendo.

En el vestíbulo del pabellón principal, donde están situadas las oficinas, llaman la atención las muestras de la casa; millares de botellitas y frascos con sus etiquetas correspondientes, dispuestos en instalaciones apropiadas y elegantes. A los pocos pasos da uno en la Concha, la célebre Concha, así llamada por la forma de la galería, atestada de pipas, forman-

do amplio semicírculo en que se han dado algunos banquetes regioes.

Y después empieza el recorrido de las restantes galerías, almacenes, talleres y demás dependencias; recorrido que viene á ser poco más ó menos una imagen del camino de la gloria... pagana. En vastísimos patios trabajan centenares de obreros encargados de la construcción de pipas, aserrando maderas, encajando los aros, imprimiendo á fuego las marcas de la casa; en los amplios salones se verifican las curiosas operaciones de embottellado y taponado

do, esta última por medio de una máquina scorchadora de tal potencia que á nuestra vista introdujo en una sola botella dos tapones de corcho de un volumen tres veces mayor que el del cuello. Y en los almacenes, galerías y depósitos se amontonan, con un orden y una limpieza admirables, las pipas y los conos, en los cuales, gracias á la excesiva amabilidad de los encargados, todo el que visita las bodegas tiene el honor de saludar y entablar íntimas, cariñosas y dulces relaciones con los famosísimos y auténticos *Tío Pepe*, *Matusalén*, *Tres contado*, *Noé*, *Moscatel*, etcétera. Entra y sale en las vasijas con rasmosa celeridad aquella especie de pipa turca que sirve



JEREZ.—Descargando una carreta.



JEREZ.—Guardia municipal.



JEREZ.—Ventanas gemelas.

para las pruebas, y caña va caña viene, paladeando y saboreando los distintos y deliciosos aromas, acaba uno por sentir una alegría infinita, por encontrar la vida sembrada de placeres, por notar que le arde la cabeza y... por no comprender que le quepa tanto vino en el estómago.

Para remate de fiesta la casa dispone de poderosos alambiques y alquitaras para la fabricación de cognacs y aguardientes superiores... Así es que son de ver las hojas del álbum en que á la salida estampan su nombre y apellido todos los visitantes. Príncipes y mercaderes, nobles y plebeyos se han confundido allí en las mismas patas de mosca que denotan inseguridad de pulso.

Aquella interminable serie de firmas extranjeras y nacionales han costado á la casa González Byass algunos millones que se han ido en probaturas,

X

—¿Va á la Carraca?

—Zi, zefió; andezté enzeguía...

Este pequeño diálogo tuvo lugar entre un servidor de ustedes y un marinerote semigitano que ayudaba á saltar á los pasajeros desde el muelle de Cádiz á la borda de uno de los vaporcitos que hacen el servicio de bahía.

El cual barco zarpó enzeguía efectivamente, lleno de viajeros, hasta el punto de que sobre cubierta no se podía dar un paso. No me chocó al principio aquello, porque aunque es frecuente el ir y venir de trenes y barcos entre Cádiz y la Isla, es también mucho el movimiento de pasajeros, por el gran número de empleados en las distintas dependencias de Marina, del Arsenal, de los astilleros, etc., etc.

Lo que sí me chocó fué que, después de tocar en el magnífico dique de la Trasatlántica el vapor, siguiera su marcha tranquilamente entre los grandes barcos anclados en la bahía, alejándose cada vez más de la Carraca, que iba quedando á la derecha.

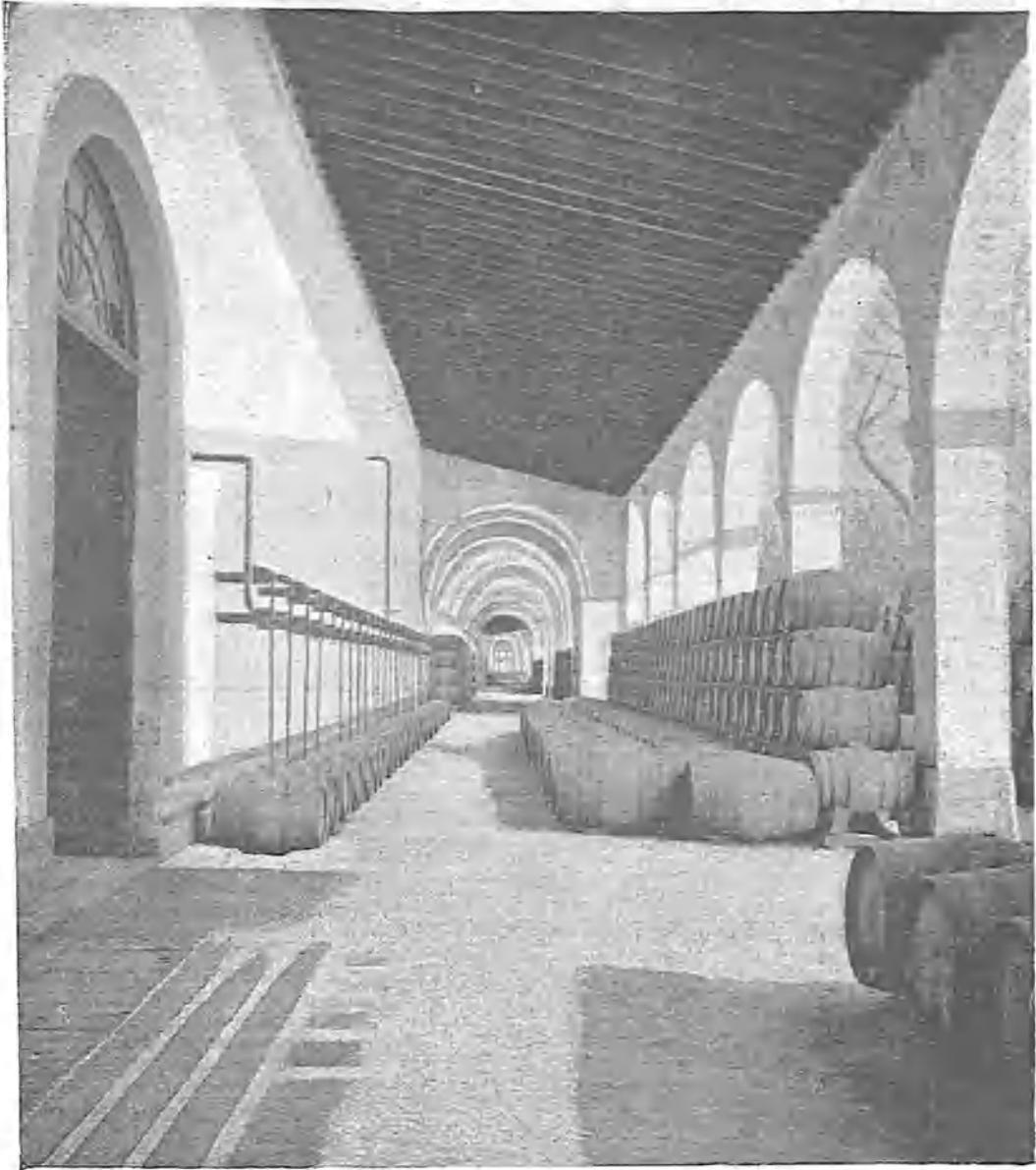
—Pero, diga usted—pregunté al mismo marinerote de antes, —¿por qué damos esta vuelta?

—¿Qué vuelta? ¡Zi vamo too erecho!

—Pues ¿cómo es que se queda allí San Fernando?

—¡Tomal Porque vamo á Puerto Reá.

—Pues, haberlo dicho. Resulta que nos ha engañado usted.



JEREZ.—Bodegas de González Byass. Interior de la galería de 170 metros.

—¿Yo? ¡Por la salud de mi mare que creí que me preguntaba, ¿usted si íbamo á Puerto Reá.

Y vean ustedes por qué, pensando haber arribado al Arsenal de la Carraca, desembarcábamos á la una de la tarde, con un calor achicharrante, en la machina del muelle de Puerto Real, cuajada de gente y adornada con gallardetes, escudos y banderolas.

Llegábamos en plena feria, y á verla iba aquella multitud que se estrujaba en la cubierta del vaporcito.

Las calles de la lindísima población, anchas, rectas, limpias, con



PUERTO REAL.—Ostiones, cañaiyas, ocañas!...



azoteas blancas, estaban cruzadas por cuerdas que sostenían en el centro grandes banderas de distintos colores, pero no había un alma. Todas las almas, con sus cuerpos correspondientes, se amontonaban en la calle Real, la principal del pueblo, que le atraviesa en toda su extensión y en la cual se veían de trecho en trecho arcos con bombas y farolillos preparados para la fiesta nocturna. La muchedumbre formaba apretados grupos charlando alegremente, y allá, en la plaza, se oían con breves intervalos chillidos, voces, ruido de carreras... No parecía sino que estaba ocurriendo una catástrofe.

Tranquilizaban el ánimo, sin embargo, el sosegado aspecto de los transeúntes, entre los cuales abundaban hermosísimas mujeres y niños ataviados de día de fiesta, y la vista de las azoteas ocupadas por centenares de muchachas muy elegantes, con flores en la cabeza, faldas de percal *planchás* y sombrillas de colorines. El conjunto formaba un cuadro encantador, lleno de luz y de alegría.

De pronto se deshicieron como por encanto los grupos de la calle; todo el mundo trepó más que de prisa por las labradas rejas, y un verdadero aluvión humano se echó sobre nosotros, corriendo á la desbandada y desenfrenadamente, mientras los chiquillos gritaban: «¡El gayumbo! ¡El gayumbo!», y se notaba en las azoteas más próximas un movimiento general de curiosidad é interés. ¡El gayumbo! ¿Qué sería aquello?

Procuramos aguantar á pie firme, aunque con cierta desconfianza, el choque de la muchedumbre que huía, y... pronto salimos de dudas. Aparecieron de repente, entre una nube de polvo, dos astas como dos castillos, y detrás de las astas un toro *ensabanao*, con muchos pies, que parecía, y ustedes perdonen, una montaña con cuernos.

No tengo reparo en confesar que se me pusieron los pelos de



Una calle de Puerto Real.

punta, que no me fijé en si tenía ó no tenía abierto el obturador de la máquina fotográfica y que eché á correr como alma que lleva el diablo hasta meterme por una calle lateral... en la cual encontré ocupadas todas las rejas y cerrados á piedra y lodo todos los portales. Sentía el resoplido de la *fierra*, la gritería de los mozos que tiraban de la maroma y... las palpitaciones de mi propio corazón, que no pararon hasta que me vi dentro de una casa y cerré violentamente la puerta.

Cuando me atreví á entreabrirla con todo género de precauciones, estaba allí aún el bicho revolviéndose contra algunos valientes que le capeaban; y cuando se alejó y desapareció el peligro salí en busca de Cilla, de quien no había tenido la menor noticia en el breve y vergonzoso incidente de la fuga.

Después de no pocas pesquisas, logré encontrarle, acurrucado *todavía*, con otros futuros primeros espadas, debajo del mostrador de una tahona.

Lo cual no impidió que aquella misma noche contara él en Cádiz, muy fresco, que me había salvado de una muerte cierta haciendo un oportuno recorte en la propia cara del bicho. Y como todo se pega, hubo quien tomó en serio lo del recorte y se cre-



PUERTO REAL.—Calle Real.

yó la andaluzada á pie juntillas. En semejantes condiciones recorrimos todo Puerto Real, huyendo siempre del toro (que debía de ser bravo de veras, puesto que se pasó cuatro horas arremetiéndolo), paseándonos entre los aficionados que formaban en todas partes verdaderos racimos colgados de las rejas, y no descansamos hasta que nos vimos senta dos en un banco de la bonita glorieta cercana á la estación, aspirando el perfume penetrante de las rosas y aguardando la llegada del tren que había de librarnos de tantos ahogos. ¡Rediez con el gayumbo!

El camino de Puerto Real á San Fernando, por una llanura pintoresca á la orilla del mar, serpeada por el sinnúmero de canales abiertos para la explotación de las salinas, se extiende entre muchos cientos de pirámides de sal, que dan á la campiña aspecto de campamento inmenso formado por blanquísimas tiendas.

San Fernando, cuya importancia marítima no voy á descubrir yo ahora, porque estaría mal visto, goza esta importancia desde el año 1759, en que Carlos III estableció en la población el departamento de Marina, denominándola *Villa de la Real Isla de León*. Tiene muchos y muy notables edificios, entre los que descuellan el célebre Observatorio, el palacio Ayuntamiento, el de la Capitanía, las Escuelas y el Arsenal de la Carraca.

No dispongo de espacio suficiente para describir los inmensos talleres de los astilleros, su animación constante, los diques ni el poderoso acorazado *Carlos V*, que estaba en bahía cuando nosotros la visitamos, y que no tiene



PUERTO REAL.—Esperando al Gayumbo.



Moro de Tánger.

más defecto que el del nombre, puesto que todavía no ha habido en España un rey así llamado.

Todo sea por Dios, y otro día será.

Aquella misma tarde regresamos á Cádiz por tierra, y entramos por consiguiente por la famosa Cortadura, estrechísima lengua que une la ciudad con el resto de la Península. Tan estrecha es que en algunos puntos apenas queda espacio para la vía férrea y la carretera, y el mar lame los terraplenes por ambos lados. No sacando la cabeza por la ventanilla del vagón; puede creerse que el tren se desliza por las tranquilas aguas.



Patrón moro.

XI

Á la cabeza del borrador de estos apuntes, es decir, de los apuntes correspondientes á este capítulo me encuentro el siguiente epígrafe: EL DÍA TERRIBLE, Ó NO ME COGERÁN EN OTRA. Y en efecto, terrible de verdad, como verá el curioso lector, fué aquel día en que se nos ocurrió ir de Cádiz á Algeciras por mar, tocando en Tánger.

Puede hacerse el viaje por tierra, en diligencia, cruzando pintorescos valles, elevadas

montañas y lindísimas poblaciones, pero se tardó mucho; por lo cual tomamos nuestro pasaje de primera en el *Joaquín Piélagos*, bonito buque que hace el servicio de correo entre España y Africa, por aquella parte. Bonito y de excelentes condiciones marineras, según los inteligentes, pero incómodo á mi modo de ver, porque la cámara de lujo, que verdaderamente es preciosa, se reserva, por su subido precio, para los opulentos capitalistas, y aunque el billete de primera no es barato ni mucho menos, no da derecho á otra cosa que á un modesto salón con asientos de gutapercha, en el cual pueden habilitarse literas, pero no se habilitan porque es corta la travesía y se supone bienamente que nadie ha de tener que utilizar el lecho.

Esta suposición fué causa de mi desgracia, porque no supe qué hacer con mis huesos durante doce horas mortales, y tuve que su-



TÁNGER.—Barcas de moros rodeando el vapor correo.

frir la vergüenza de pasar mis ansias de sagonía en el saloncito de los asientos, delante de media docena de pasajeros, y donde me costó no poco trabajo encontrar un rinconcito en que tumbarme.

Ello fué que al salir el sol tomamos sitio de pie, porque no se podía de otra manera, en el vaporcito auxiliar amarrado al muelle, que este vaporcito nos condujo poco después á bordo del correo y que, una vez allí, nos enteramos (¡ay, demasiado tarde!) de que la mar estaba picada, de que soplaban el temido Levante y de que la travesía del Estrecho iba á ser peliaguda.

¡Y lo fué, vive Dios!  
El *Piélagos* levó el ancla y se lanzó resueitamente hacia la embocadura, dejando atrás á Cádiz que, iluminado por el sol naciente que arrancaba vivísimas llamaradas de los cristales de galerías y miradores, parecía una ciudad incendiada que surgía del fondo del mar entre rojizos resplandores. Espectáculo magnífico, jamás soñado, que hubiera sido muy conveniente apreciar sin los temores del mareo.

Lo del Levante era verdad. Tan verdad que, al doblar el celeberrimo cabo de Trafalgar, al azotar con la hélice aquellas olas en que se hundió nuestra marina en glorioso combate contra la inglesa, el mar jugaba con el buque como si se tratara de una endeble cáscara de nuez que no llevara á nadie dentro.

Y desgraciadamente nos llevaba á nosotros y á una numerosa y bien organizada compañía infantil que iba con su empresario, director, maestros, representante, ayos y criadas á dar unas cuantas representaciones en el teatro de Tánger. Componíase de unos cuarenta niños y niñas de seis á catorce años, muy avispados, muy listos, que habían navegado bastante por las costas y se burlaban lindamente de los furioses del Océano... durante las primeras horas de marcha. Pero al pasar el cabo la cosa se puso ho-



Remero moro.



A bordo del *Piélagos*, á la vista de Tánger.



ALGERIAS.—Desembocadura del río Miel.

rriblemente fea: el vapor se levantaba unas veces sobre el lomo de las enormes olas y otras se hundía, se hundía muy abajo, como si fuera á clavarse en los abismos.

A consecuencia de lo cual el cabeceo se hizo insoportable, y todas aquellas pobres criaturas que poco antes corrían y saltaban alegremente por la cubierta tarareando números escogidos de su repertorio, cayeron al fin como montones de fardos en el entrepuente, en los primeros peldaños de las escotillas, bajo los bancos y entre los baules, pálidas, desencajadas, clamando á sus madres ausentes entre las horrosas bascas del mareo.

No se libró nadie más que Cilla (según él) y la tripulación, y aun de esto no estoy seguro, porque no hay que añadir que imité á los individuos de la compañía infantil, hembras y varones, á las primeras de cambio.

Los que hayan cruzado el Estrecho en día de Levante no necesitarán seguramente explicaciones extensas de mis sufrimientos. Los que no hayan probado semejante amargura... ¡más vale que no lo crucen en su vida!

A todo esto el *Pielago* iba perdiendo el tiempo, naturalmente, y marchaba con gran retraso, y la esperanza de descanso y alivio se alejaba indefinidamente. Mo-



Una refaja.

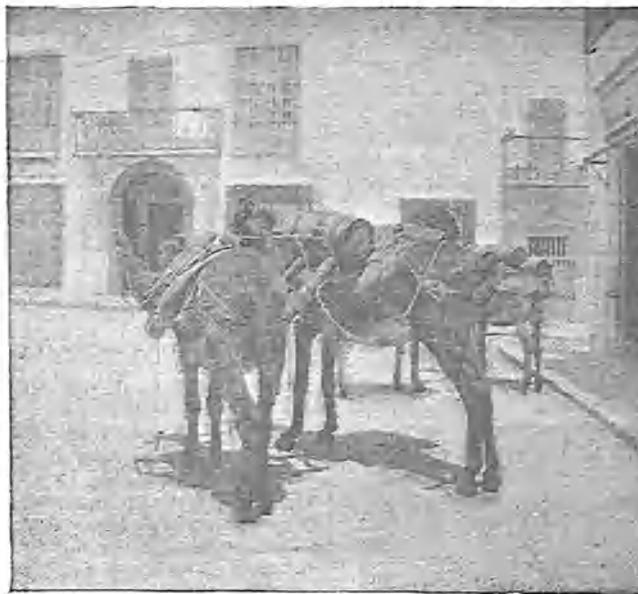
mentos hubo en que creí que no llegaríamos nunca á Tánger, y pedía á Dios que el mar se nos tragara de una vez, con chicos y todo, para que cesara aquel espantoso suplicio.

Por mal de mis pecados, cuando llegamos á poca distancia de la costa y se divisaban perfectamente sus peladas cuevas y sus extensos arenales; cuando vimos la coquetona ciudad marroquí, blanca como la nieve, reclinada en la falda de una colina á cuya cumbre parece trepar trabajosamente, me convencí de que tampoco allí podía encontrar el más leve sosiego.

El puerto de Tánger no es tal puerto. Las olas rompen en la arena con toda su furia y el vapor correo tiene que quedarse á larga distancia, aguantando sobre la máquina y sufriendo los traqueteos del temporal, ni más ni menos que en el centro del Estrecho. De modo y manera que el mareo sigue como si tal cosa.

Remando con toda su alma se dirigieron inmediatamente al barco infinidad de lanchas de moros, que, no pudiendo acercarse por los violentos golpes del mar, quedaron brincando sobre las

olas á dos ó tres brazas. Pero sus tripulantes no se asustaron por eso. De todas las lanchas saltaron los hombres á docenas con agi-



Cargas de agua.



Calle del Ojo del agua.



Patio del Casino.



Viajeros para Gibraltar.

alborotado, para visto sin los inconvenientes del maldito vértigo!

Pasaron los niños con grandes trabajos á los botes, se dejó el correo y emprendimos de nuevo la marcha para cruzar otra vez el Estrecho, á las dos y media de la tarde, hora en que debíamos haber desembarcado en Algeciras.

lidad pasmosa, envueltos en sus guñapos de colores, con fez ó con turbante, con blusas ó con chilabas, harapientos y gritando en cuatro idiomas como si se los llevaran los mismísimos diablos.

Treparon como monos por el costado, agarrándose á los tragaluces, á las cuerdas, á todo lo agarrable, y en un santiamén inundaron la cubierta, disputándose con estruendos algarabía los equipajes de los pasajeros. ¡No es mal cuadro el de aquel asalto *sui generis*, en pleno mar



Marinero de Algeciras.

XII

La segunda parte no desmereció de la primera en interés dramático, porque el Levante, lejos de amainar, apretaba cada vez con más furia. Pero para mí como si no; porque perdí el conocimiento y me pasé tres horas largas, como una maleta más, en el saloncito de los asientos de gutapercha. En Algeciras no se detiene el *Pielago*, á no ser que lleve carga ó pasaje para aquel punto, y sin duda el encargado de esas cosas, contramaestre, sobrecargo ó como se llame, se olvidó en absoluto de nosotros, y cuando el vapor se detuvo el tiempo estrictamente necesario para arrojar á una lancha el fardo de la correspondencia, nadie nos avisó ni nos dijo siquiera una palabra.

Sin embargo, aquella paradita en seco me sacó del letargo, y suponiendo que habríamos llegado al término de nuestro viaje, deseado tan ardentemente, me levanté como pude, cogí los chirimbolos y corrí á la cubierta, donde estaba Cilla como si estuviera pintado, porque ni siquiera se había dado cuenta de que aquella costa que se veía á una ó dos millas era la de España nada menos.

Cuando llegué á la borda, el vapor rompía de nuevo la marcha.

—Diga usted—me atreví á preguntar á un compañero de viaje,—¿vamos á Algeciras?

—No señor, vamos á Gibraltar.



Oficial de la marina inglesa.



Una algecireña.

—¡Pero si eso no puede ser! Si nosotros teníamos que parar aquí.

—Pues ya no pueden ustedes, por no haber andado listos. Y puesto que tienen ustedes que ir á Gibraltar á la fuerza y no sabrán siquiera que allí hay fondas, hagan ustedes el favor de enterarse de eso.

Y nos alargó una tarjeta anunciadora de una casa de huéspedes.

Hablé con un marinero, pregunté al capitán... ¡nada! ya no tenía remedio. El barco no iba á volver atrás sólo por darnos gusto. Y lo peor fué que, encima, todo el mundo nos echaba la culpa.

Por fortuna, en el inmenso remanso formado por el mar entre Gibraltar y Tarifa se disfrutaba de relativa tranquilidad, el mareo iba pasando, el trayecto es corto, y pude gozar á mis anchas del magnífico espectáculo de la entrada en el puerto inglés, á la caída de la tarde, bajo un cielo gris y tristón, que contribuía no poco á realzar el interés con que veíamos por primera vez aquella formidable montaña erizada de cañones.

Entre multitud de buques de todas las naciones, clases y tamaños, el *Pielago* fué perdiendo velocidad poco á poco y echó por fin el ancla á gran distancia del muelle.



Un blanquito ó guardia de la Compañía tabacalera.



ALGECIRAS.—Cuesta de la calle Real.

A la misma hora llegaba de Algeciras el vaporcito *Margarita* que, en combinación con el ferrocarril, hace el servicio entre este punto y Gibraltar, y á esperarle salían algunas lanchas atestadas de curiosos y con sendas charangas que tocaban aires nacionales (españoles, se entiende)... Significaba aquello que llegaba la cuadrilla del torero *Minuto* que unida á las de *Mazzantini* and *Conejito* (según los carteles) había de dar algunas corridas en Gibraltar. De modo que nuestro transbordo no pudo ser más solemne. Porque es de advertir que, apenas me enteré de que el *Margarita* tornaba á Algeciras inmediatamente, hice arrimar un bote y sin desembarcar en Gibraltar cambiamos de buque.

El *Margarita* que, como he dicho, pertenece á la Compañía inglesa del ferrocarril de Bobadilla á Algeciras, es un vapor cómodo, elegante y muy apropiado para el servicio á que está destinado. La amplia cubierta, con banquetes, mecedoras, mesitas para tomar refrescos, etc., etc., parece un *parterre* que surca las tranquilas ondas.

Apenas nos instalamos, el *Margarita* se acercó al muelle y empezó á cargar obreros empleados en las obras del puerto. Entraron con perfecto orden algunos centenares de hombres que daban lástima, no por sensiblería cursi, sino porque eran españoles, que después de trabajar todo el día á las órdenes de los ingleses, en diques y fortificaciones dispuestos contra su patria, tornaban á España á descansar de sus fatigas para volver á la tarea al día siguiente.

Presenciaban el embarque algunos desocupados de la población, y entre ellos varios oficiales con uniformes de pajarracos. Nos llamó la atención un marino, muy apropiado para personaje de zarzuela chica, con una pipa y un monóculo que le daban cierto aire insolente. O por lo menos á mí me parecía insolente, porque aquel buen señor pisaba un pedazo de tierra que debía ser español con el aplomo provocativo de quien está en su casa.

Acomodáronse los trabajadores como pudieron, cruzamos de nuevo la bahía y arrimamos por fin á Algeciras á las siete y pico de la tarde. ¡Yá era hora!

Pero ¡ay! allí empezó lo bueno. Hasta entonces no comprendimos las graves consecuencias

que para nosotros tenía el haber pasado de largo.

Porque, como procedíamos de Gibraltar, hubimos de sujetarnos, á pesar de nuestras protestas, á las pesquisas inquisitoriales de la aduana.

Un siglo me pareció la media hora que tuvimos que esperar á que nos llegara el turno, y cuando abrimos la maleta ante un caballero buen mozo, con flamante uniforme, que miraba á los pasajeros con aire de perdonavidas, me eché á temblar instintivamente. ¡Me acordé de que traía cajas de placas!

En efecto, aquellas cajas de placas estuvieron á punto de ser mi perdición, porque el encargado del registro, en uso de su perfecto derecho, se empeñaba en abrirlas. ¡Figúrense ustedes si el compromiso era gordo! Tan gordo que, si el hombre se hubiera salido con la suya, todos los cristales, al tocarlos el más débil rayo de luz, se hubieran velado instantáneamente, y el viaje por toda la provincia de Cádiz hubiera sido inútil.

Hice estas consideraciones, expliqué detenidamente el asunto, pinté la situación con vivos colores, y por fin, á fuerza de ruegos, el vista se conformó con cobrar los derechos correspondientes sin examinar el contenido de las cajas.

Siguió adelante el registro y ¡horror! aparecieron entre la ropa seis ó ocho cajetillas de tabaco, resto de las que llevábamos á prevención para tan largo viaje. Ver aquello el se-



ALGECIRAS.—En la Plaza de Abastos.

ñor del uniforme y saltar como si le hubiera picado una víbora fué todo uno.

¡Tabaco!

¡Llevábamos tabaco!

¡El mayor crimen que puede cometerse viniendo de Gibraltar á Algeciras!

El hombre tomó una cajetilla entre sus manos temblorosas de rabia, y nos miró de arriba abajo como si no acertara á comprender que criaturas humanas tuvieran atrevimiento semejante.

Juré yo entonces por los clavos de Cristo que aquellos pitillos se habían comprado en Madrid, que procedían de la Compañía tabacalera y que ni nos habíamos acercado á Tánger ni habíamos desembarcado en Gibraltar.

—Oficialmente vienen ustedes de país extranjero.

—Pero ¿no le digo á usted que hemos hecho el transbordo en la bahía?

—¡No importa! Vienen ustedes de país extranjero.

Y de allí no había quien le sacara. ¡De país extranjero! Yo no podía protestar, porque me acordé del oficial del monóculo y hubiera sido negar la evidencia. Pero creo que al vista, á pesar de su arrogante figura y de su uniforme vistoso... también le daba vergüenza decirlo.



ALGECIRAS.—Pasillo de entrada á un patio.



ALGECIRAS.—Un matrimonio.

XIII

Éntrase en Algeciras por un sencillo puente que cruza el río Miel, en el punto mismo de su desembocadura en el mar, y á pocos pasos está la fonda de la Marina, la mejor de la población, según el mozo que conducía las recién salvadas placas.

Aquella noche, después de comer con apetito de que no pueden ustedes formarse idea si no han pasado catorce horas de horrible mareo, fuimos al teatro de Variedades, de madera, donde una excelente compañía había de representar *Mariana*, de Echegaray. No ocurrió otra novedad sino que había poca gente en la sala, que nos costó trabajo acostumbrarnos al tonillo *provinciano* de los actores, que vociferaban en las situaciones culminantes más de lo justo, y que al marido ofendido del drama le falló el tiro de la pistola en el preciso momento, y tuvo que matar á su mujer de un empujón, cosa completamente nueva en los anales del parricidio.

A la salida del teatro (doce y pico de la noche) presentaba la inmensa bahía imponente y hermoso aspecto.



ALGECIRAS.—Plaza Mayor.



Niños de Algeciras.

Rompían las olas con gran estruendo en los desiertos muelles de Algeciras, y allá lejos se veían escalonados en todo el peñón los millares de luces de Gibraltar, que parecían alumbrar un nacimiento monumental, construido por caprichosas manos de gigante sobre las olas del Océano.

Arrullados por ellas dormimos lo mejor que nos fué posible, y al día siguiente, un día espléndido del mes de Mayo, recorrimos la población, recreándonos á nuestro gusto en el magnífico espectáculo del remanso que tantas fatigas nos había costado algunas horas antes.

Se ve enfrente el Peñón, avanzando fieramente sobre el mar, erguido y fuerte, dejando adivinar, desde la base hasta la cúspide, ocultas por los terraplenes, la infinitas baterías inglesas, que hacen la posición inexpugnable. Al pie las casitas de la población, unas sobre otras, los fuertes de las avanzadas y los centenares de barcos recogidos en el puerto. A la izquierda el caserío de La Línea, que parece estar bajo el nivel del mar, y sucesivamente Los Barrios y el Campo de San Roque, dominado todo por el pico de Torre Carbonera, cuya situación estratégica inutilizaría la de Gibraltar si Inglaterra tuviera á bien *conceder permiso* (1) á España para colocar en él unos cuantos cañones; pero á pesar de que aquello es territorio nuestro y de que parece que no deberíamos rendir cuentas á nadie de lo que hiciéramos en él, es el caso que nos está prohibido establecer allí una sola batería... ¿Por qué? ¡Vaya usted á saber! Porque el que manda, manda.

Al otro lado de la bahía y á la derecha de Algeciras sigue la costa hasta Tarifa, plaza fuerte que ha costado muchas veces torrentes de sangre, y cuya posesión tampoco nos sirve para nada. Es de advertir que, fortificadas y artilladas como Dios manda Torre Carbonera, Tarifa y Ceuta, que casi se alcanza á ver allá lejos, el Peñón sería juego de niños y España dispondría real y efectivamente del Estrecho.

Pero ¡ay! no dispone.

XIV

Algeciras es una población encantadora. En la parte baja tiene el mercado y algunas calles modernas, rectas y limpias. En la parte alta, á la cual subimos por la calle Real, de cuya empinada cuesta no quiero acordarme, están la Plaza Mayor, muy grande y muy alegre; el café Universal, bastante bueno; la calle de Cristóbal Colón, que es una de las principales; el Casino, con un hermoso patio árabe; el acueducto; el Teatro Principal, cerrado cuando nosotros anduvimos por



Carabiniero de mar.



ALGECIRAS.—Mozn del partido.



ALGECIRAS.—Puente sobre el río Miel.

aquella tierra, y un dédalo de callejuelas empinadas, pintorescas, con casas blancas como la nieve, y en las cuales se habla un andaluz *aljamiado* que me recordó inmediatamente el de los moros que asaltaron el *Pielago* á la vista de Tánger.

La gente es cariñosa y expansiva como ella sola, y la industria principal de la población, según mis informes, es la de la fabricación de tapones de corcho.

La campiña no puede ser más hermosa y más variada... Al salir de Algeciras en el tren inglés, cuyas locomotoras tienen la particularidad de llevar el farol en la chimenea, se recorre primero una extensa sábana con ligeras ondulaciones, con una vegetación exuberante y aromática, una serie de montañas coquetonas después y una sierra abrupta por último.

Los pueblos importantes que se alcanza á ver desde la vía son:

San Roque, encaramado sobre un cerro á larga distancia, y Jimena, que hace la impresión de ropa tendida en la falda de un monte y guardada por altas torres y fuertes muros en la cima.

.....  
Total, que aquella noche fuimos á dormir á Ronda, y que al apearnos en la estación á eso de las ocho se nos acercó un *churumbeliyo* diciendo:

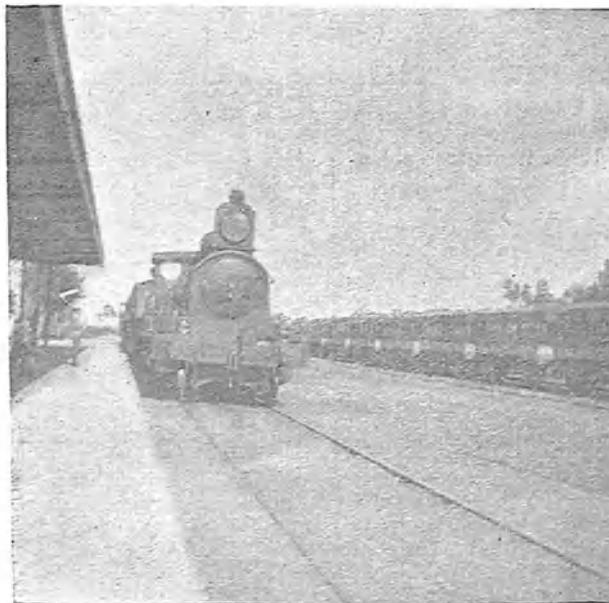
—¿Queréis ustés ver er tajo?

—¿Qué tajo?

—¡Er tajo e Ronda, home!

—¡Ah! no,—hijo; todavía no. Ya volveremos otro día.

Porque Ronda pertenece á la provincia de Málaga, y... ¿llegaremos alguna vez á Málaga?





# CASTELLÓN

I

Hete que me ha dado la ventolera de hacer estos apuntes á guisa de diario de memorias, género moderno, un tantico ridículo, pero que me ayudará á romper, siquiera en una provincia, la monotonía del relato.

Vamos allá.

Cilla se queda en casa esta vez. ¡Ha heredado! y no poco, á Dios gracias. Sería una crueldad distraerle en su dolor y... en el arreglo de las cuentas. En su lugar viene Torregrosa (Tomás López), un músico que ha hecho ya cosas buenas y que las hará mejores aún si no se malogra. Viene aprovechando el viaje para que ensayemos juntos *La Madre Abadesa*, zarzuelita en un acto, de que ya he tenido el mal gusto de hablar en la descripción de Cádiz, la cual zarzuelita se representará en Barcelona por primera vez en el teatro Eldorado... si me dejan entrar en el escenario.

Bueno será advertir, por lo que pudiera acontecer en la ya descrita capital del principado, que en esta *Madre Abadesa*, de que nadie en el mundo se acuerda seguramente á estas horas, puse yo mis cinco sentidos, quise con ella tantear un terreno nuevo (ó que por lo menos á mí me lo parecía) y tentarme la ropa para empresas de más fuste. (Ya ven ustedes que sigo mi plan de escribir memorias íntimas y les cuento cosas que no les importan un rábano.)

A consecuencia del cambio, ustedes se quedarán sin dibujos hechos á pluma y yo no tendré que llevar tenacillas en la male-



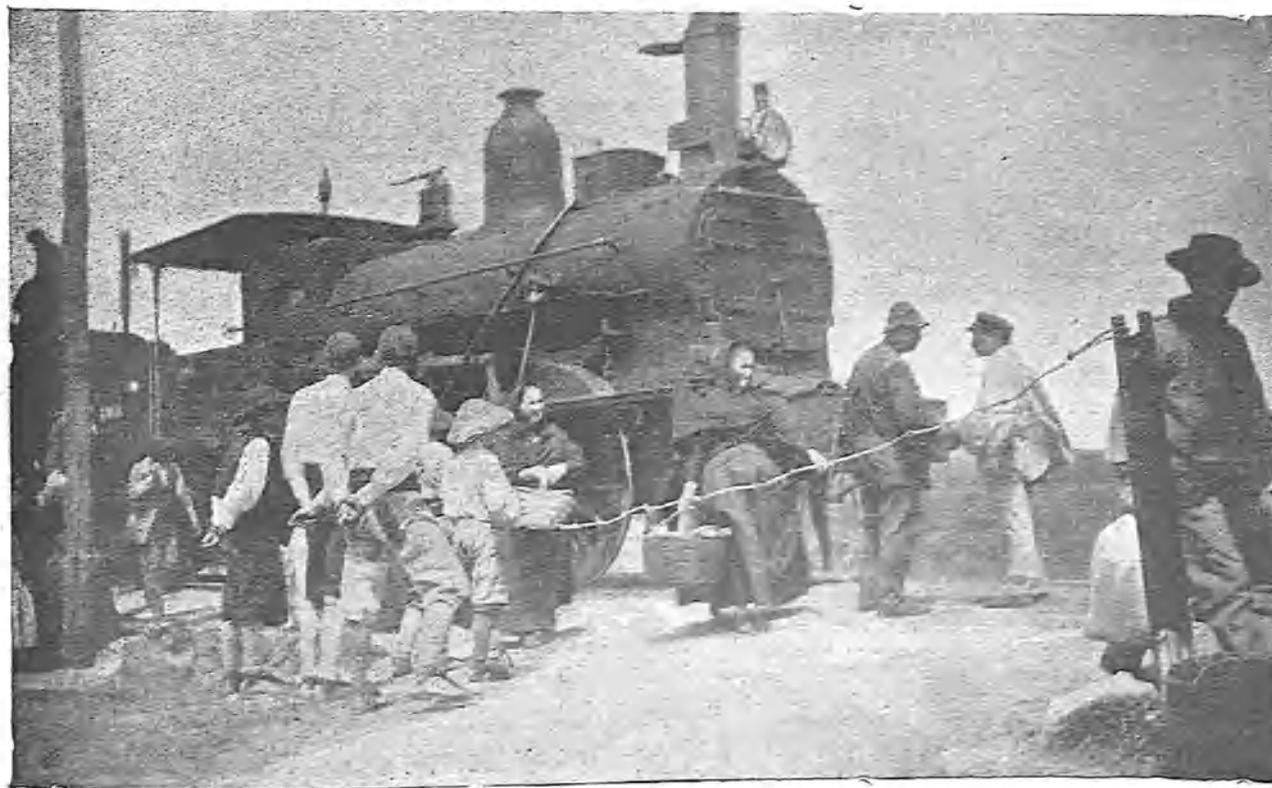
¡Cambio de tren!

ta, porque Torregrosa es de los míos: no sólo no se riza el bigote, sino que se corta el pelo á rape para no perder el tiempo en bregar con el peine.

Así como Cilla es humilde, servicial, dispuesto siempre á los sacrificios de madrugones y caminatas, Torregrosa, como buen levantino, tiende á tumbarse en todas partes y á todas horas, y casi siempre tiene cerrados los ojos, sin duda para que luzcan más unas pestañas de terciopelo que, al decir de su dueño, son el encanto y la desesperación de las mujeres.

1.º Junio 97.

He ido á tomar los billetes del vagón-cama por



Detalles del transbordo.



El transbordo.

probar de todo, y teniendo en cuenta el carácter de mi acompañante nuevo. Al dar mi nombre me ha hecho repetirlo tres veces el encargado. ¡No lo ha oído en su vida! ¡Páese usted la suya escribiendo de todo y en todas partes para que en plena calle de Sevilla sea usted completamente desconocido!

2-4 t.

Sale el expreso. Estos vagones-camas parecen muy cómodos. Torregrosa se empeña en aprovechar la mesita para enseñarme a jugar al mus. Afortunadamente, en dos horas de lección no ha podido conseguirlo.

2-9 n.

Al llegar a Guadalajara pasamos al coche-comedor. Nos han dado un caldo que no sabía a nada, un pez del tamaño de una sardina, un pedacito de ternera y unas cuantas judías verdes. Todo de prisa, porque el tiempo está tasado y hay que dejar las mesas libres para los del segundo turno. Total: 4,50 pesetas.



Locomotora descarrilada.

—¿Vino español ó francés?

—Español, ¡porra! que puede que sea más barato.

—Sí, eh? 3,50 pesetas la botella. ¡Y es palentino! Es decir, de mi tierra, donde suele venderse á peseta la arroba un año con otro. Pero todo puede darse por bien empleado por el gusto de comer en un salón lujoso, junto á una ventanilla contemplando el paisaje.

Mientras nos hacían las camas hemos salido á la plataforma lateral, donde nos ha sorprendido el paso de un túnel que ha durado cerca de un cuarto de hora. Al principio podía resistirse aquello; pero después... ¡qué estrépito! ¡qué miedo! ¡qué verdadero pánico! Hemos buscado á tientas la puertecilla y hemos vuelto á nuestro departamento con los pelos de punta.

No hemos dormido en toda la noche. El tren lleva mucha velocidad, el coche tiene un movimiento parecido al de los barcos y Torregrosa, que es débil, ha estado á punto de marearse en regla.

En Sigüenza quitan el coche-comedor, y en Reus ponen otro para el desayuno. Al llegar á San Vicente el tren entra en la línea del

litoral, aquella encantadora línea de Villanueva y Sitges que ya he tenido ocasión de encomiar como merece.

3-10 m.

Llegamos á Barcelona. Vamos inmediatamente á Eldorado. Me dejan entrar sin inconveniente. ¡Eureka!

Hemos presenciado un ensayo de nuestra obra maestra. (Si no lo digo yo, ¿quién va á decirlo?) Los actores no saben una palabra, ni siquiera han leído sus papeles. ¡Y el estreno ha de ir forzosamente pasado mañana, porque yo tengo prisa! ¡Dios nos coja confesados!

3-4 t.

He variado el reparto, á ver si mudando de postura cambiamos de dolor. Me da el corazón que la silba se va á oír en Gerona.

Me ha saludado el crítico de teatros de un periódico muy importante.—¿Dónde irán ustedes desde aquí?—me ha dicho.—A recorrer la provincia de Castellón.—¿De Castellón de la Plana ó de Castellón de Ampurias?...

Este pequeño *lapsus* me impedirá fiarme del juicio que emita sobre mi obra un señor que cree que Castellón de Ampurias es capital de provincia.

3-11 n.

Hoy hemos ensayado de firme. La zarzuelita va tomando color gracias á que los intérpretes, estimulados con nuestra presencia y listos casi todos, han estudiado mucho durante la noche.

Dícenme que aquí el público no silba; se limita á manifestar su disgusto abandonando el teatro. Del mal el menos.

4-5 t.

Se estrenó *La Madre Abadesa*. Ha habido poca gente; lo que prueba que aquí soy tan popular y tan conocido como en las oficinas del *Sleeping*. Me han llamado á escena dos veces durante la representación y otras dos al final. Supongo que habrá sido la *claque*, que ha interpuesto su influencia poderosa para que no sufriéramos un *desaire* después de venir á recoger laureles desde lejanas tierras. Digolo porque al salir á dar las gracias no he visto mas que espaldas de señoritos que se ponían los gabanes con aire de la más absoluta indiferencia. Todo sea por Dios, y á otra.



VINAROS.—Puerta de una casa.

5-11,40 n.

Entra un amigo que ha visto la representación desde fuera. —La obra ha gustado mucho, ¿sabes? Pero ¡la verdad! les ha parecido demasiado atrevida y un poco fuerte; tiene crudezas inver-



Detalle del transbordo.

símiles... ¡Qué audacia en algunas situaciones! ¡Chico! ¿cómo te has lanzado á eso?  
—Pues ahí verás. Ganas de perder el tiempo que tiene uno.

5-12 n.

Salimos para la provincia de Castellón de la Plana á las 5,25 de la madrugada. ¡Gracias á Dios que empiezo á cumplir mi misión de cronista! El pobre Torregrosa, después de tres días de ajeteo, está que no puede moverse. Para que se pusiera de pie he tenido que deshacer materialmente su cama. Pero en cuanto hemos entrado en el vagón ha vuelto á reclinarse... y no ha habido fuerzas humanas que le hayan hecho gozar del magnífico panorama del camino. Para él la naturaleza espléndida se reduce á una colchoneta bastante deteriorada. Porque ¡ay, este coche de primera es inmundos!

Entre las estaciones de Santa Bárbara y Uldecona, unos cuantos kilómetros antes de llegar á Vinaroz, ocurrió ayer un percance fe-



Niñas de Vinaroz jugando en la playa.

dos, á visitar el pueblo, que no es bonito, pero sí muy alegre. Por la calle de Dozal, ancha, con casitas bajas con azoteas, y algunas puertas muy notables de arcos simétricos, hemos ido á parar al mar. El mar, cuando no se cruza el estrecho de Gibraltar en el *Piló-lago* y con viento de Levante, es hermoso y encantador, fascinante y subyuga.

El puerto de Vinaroz, limpio de buques por cierto, es amplio, bien defendido y solo da albergue á lanchas de pesca.

Para aplacar la sed hemos ido á parar, casi sin saberlo, al café de España, sito en la plaza de la Constitución, la cual plaza no es hermosa precisamente.

La gaseosa no sé qué tiene que sabe mal. ¿Qué echarán en ella para darla perfume?

6-5 t.

Hay aquí varios casinos. ¡Ah! Los hombres del campo visten, en su casi totalidad, zaragüelles de color azul oscuro, medias que no cubren el pie, alpargatas abiertas y pañuelo puesto á guisa de gorro, ó sombrero de alas anchas. Las mujeres no tienen en su vestimen-



Campesinos de Benicarló.



Vinarocenses en día de fiesta.

rovionario. Hacían el recorrido dos locomotoras enganchadas, y al llegar á un puentecillo de hierro, éste se hundió de repente. La primera máquina había pasado; la segunda cayó desde la altura, rompiendo los enganches, y quedó deshecha y medio enterrada. El maquinista y el fogonero, malheridos, fueron llevados á Tortosa.

Daba pena ver al monstruo con la panza al aire, los ejes rotos, los tubos abiertos, los émbolos desencajados y lleno de abolladuras. Y no dejaba de ser vistoso el espectáculo del transbordo de viajeros y equipajes, en una atmósfera de fuego, entre las apretadas malezas que bordean los terraplenes.

6-1 t.

Vinaroz. Campiña fértil cuajada de árboles y viñedos. La estación está á respetable distancia de la población, que aparece desde ella blanca, brillante, encuadrada en el primoroso marco del mar. Comemos hoy por primera vez á las cuatro de la tarde, con un hambre de mil demonios, y en compañía de las moscas, ¡de demasiadas moscas! He probado ¡oh poder de la necesidad! el tomate crudo, entremés indispensable en esta tierra... y en otras muchas tierras parecidas.

Luego nos hemos lanzado, somnolientos y cariaconteci-



VINAROS — La torre.

ta detalle alguno particular, pero en el físico sí, porque son frescas y guapas en su mayoría. Si Torregrosa no estuviese sin fuerzas para dirigir á nadie miradas lánguidas, á estas horas sabe Dios lo que habría ocurrido. La iglesia es de estilo gótico sencillo, pero tiene una fachada muy rara que pertenece á distintos órdenes, que no puedo especificar por mi falta de conocimientos, tantas veces



BENICARLÓ.—Una noria.

confesada. En todas las paredes de esquina, impresa en letras gordas sobre la misma piedra, se lee esta sublime frase:

¡Republicanos! ¡no votar!

Sano consejo que ha quedado estampado allí para enseñanza de las generaciones venideras.

6-6 t.

Hay teatro. En un saloncito modesto del Círculo de Artesanos

suele dar funciones los domingos una compañía de aficionados locales. Hemos ido á ver ¡ojalá no! una piececita en dos actos, cuyo título no quiero decir, de las llamadas de enredo, del género inocente, que se basa en las siguientes cosas: en el eterno tío que no quiere que se case su sobrino, en la candidez del autor, que supone que se puede casar la gente con solo tomar un coche y dirigirse á la parroquia, sin previo arreglo y presentación de papeles, y en que nadie sepa con quién, ni como ni cuando se ha casado. *Por lo demás*, no carece de situaciones cómicas. ¡Claro! así...

¡Ah! la citada representación era en Vinaroz estreno, aunque la zarzuelita data del año sesenta, y me quedo corto; y en cuanto los aficionados acabaron de pegar los cuatro tiros al primer acto, se formaron corrillos entre los caballeros del público, para discutir acaloradamente el mérito y defectos de la obra. ¡Ni más ni menos que en los pasillos del Teatro Español en las noches solemnes! La entrada con butaca costaba dos reales. Pero la butaca no era butaca, sino silla de Vitoria, y los actores tampoco eran actores. Ni es de esperar que pudan serlo nunca al paso que llevan. Sin embargo, un señor mayor que estaba en la fila delantera se volvía de vez en cuando á nosotros para decirnos: «¡Cantan molt bé!»



Casa de labor en el campo de Benicarló.

7-1,20 m.  
Á Morella, que dista de Vinaroz diez y seis horas, se puede ir en tartana. ¿Por cuánto dirán ustedes? ¡Por cinco céntimos! La compe-



VINARÓZ.  
Casas de la calle de Dozal.

tencia ha sido siempre beneficiosa para el público; pero á ese extremo llevada... Siento de veras no poder visitar la escabrosa región del Maestrazgo, teatro de sangrientas batallas en las guerras civiles, pero el hombre propone y las circunstancias disponen. Tengo que hacer este viaje con tanta prisa... Y además, ¿qué sería de mi músico si se le empaquetara en una tartana durante tanto tiempo?

7-2 m.

Al apagar la luz empezaron á tocar la trompetilla varios mosquitos imprudentes... No sé si me han picado, porque las cuatro horas de sueño han sido de tumba. En la fonda de España no hay campanillas, ni timbres, ni cosas parecidas, y tiene uno que empezar á *veus* por los pasillos para que traigan agua si quiere lavarse. *Ainda mais*, el mozo de la fonda, ó lo que sea esto, se parece como un huevo á otro al de la administración de diligencias de Avila. Habla lo menos que puede.

—De aquí sale una tartana para Benicarló, ¿verdad?

—Sí.

—¿A qué hora?

—Huit.

—¿Tarda mucho en llegar?

—Una hora.

Y se va sin que le pidan explicaciones.

Por fortuna sus tres respuestas han sido tres verdades del Evangelio, porque efectivamente sale una tartana á las ocho y emplea



Tartana de servicio entre Vinaroz y Benicarló.



Segadores de Benicarló.



Una casa de Benicarló.

una hora próximamente en el camino. Este es delicioso. Huertas, caseríos, perfumes... La carretera llena de carros cargados de mies y de tartanas que van y vienen. Se me olvidaba: hemos salido con algún retraso por haber tenido que esperar á la puerta del cuartel de la guardia civil á la *doña* del sargento que, como todas las donas del mundo, ha tardado en aviarse más de la cuenta...

¡Ah! El viaje de Vinaroz á Benicarló no cuesta más que un real. Asombrémonos!

7-9,30 m.

Hace pocos días un vecino de Benicarló ha hecho una barbaridad muy gorda. Parece ser que le iba mal en sus negocios y había pedido cuatrocientos duros (aquí se cuenta por duros) á un sujeto que se los había prestado á condición de saldar la deuda en un plazo determinado. Venció éste, y el deudor no pudo cumplir su compromiso, por lo cual trató de vender la casa en que vivía. Encontró comprador que le ofrecía



Labrador de Benicarló.

por ella setecientos duros, pero en el momento de hacer la entrega de la cantidad estipulada, se volvió atrás, ignoro por qué circunstancia. En vista de esto, el acreedor ofreció á su deudor comprarle la casa en los mismos setecientos duros, de los cuales se descontarian, naturalmente, los cuatrocientos de la deuda.

Cerrado el trato, que, como se ve, nada tiene de leonino para ninguno de los contratantes, quedóse el uno con la casa y cobró el otro los trescientos duros restantes. Pero éste empezó á hacer coraje á solas, dió en pensar mal y hacer cavilaciones, y decidió vengarse brutalmente del ultraje supuesto. Con este fin se encaminó una noche á la casa que fué suya, donde habitaba el antiguo acreedor, llevando consigo un cartucho de dinamita que trató de introducir por la gatera de la puerta; pero encontrándola tapada, empezó á escarbar en el suelo para abrir un boquete, con tan mala fortuna que en aquel momento estalló el cartucho, se lle-



Un carro de mies



BENICARLÓ.—La iglesia.



CASTELLÓN.—Detalle del mercado.

vó la mano y parte del cuerpo del criminal y le dejó loco de dolor echó á correr, pero faltándole la vista, fué á estrellarse contra una pared y cayó sin sentido. Falleció á los dos días.

No se habla de otra cosa que del tremendo y providencial castigo en algunas leguas á la redonda. Confieso que al entrar en Benicarló me ha impresionado profundamente el relato, y me parece estar viendo al infeliz sin casa, sin crédito, buscar en su desesperación una víctima propiciatoria y perder la vida entre horribles tormentos, acompañándole en la agonía las maldiciones de sus conciudadanos.

7—11 m.

Benicarló es un pueblo muy grande, muy alegre, con dos calles importantes que son: la Mayor, continuación de la carretera, que viene á terminar en la plaza de la Iglesia, y otra cuyo nombre se me olvidó apuntar, ancha, larguísima, que empezando en el centro de la población concluye en el pintoresco barrio de los pescadores, á la orilla misma del mar. Este barrio, iluminado por un sol brillante, con sus casucas sencillas y pobres, sus animados grupos de hombres bronceados que componen las redes ó cala fatean las barcas, es sumamente pintoresco. No he visto edificio alguno digno de mención si no es el templo parroquial, con una elevadísima y elegante torre. Acaba de ocurrirme un percance de los que ponen á prueba á un hombre. ¡Pues no se me ha descompuesto la máquina cuando acababa de tomar la vista de una era en pleno trabajo, cuadro lleno de luz, de alegría, de vida, y típico como él solo! Al pretender arreglarla quitándome la americana en mitad de la carretera, he abierto sin querer la cámara oscura, y el rutilante y esplendoroso Febo ha be-



Preparación de una lancha de pesca en el Grab.

sado con sus rayos de oro las delicadas placas, borrando é inutilizando las cuatro ya impresionadas y las ocho restantes preparadas para el trabajo del día. Paciencia y adelante.

En la misma fonda en que nos hospedamos está el teatro, destartado y lleno de telarañas.

7—11,30 m.

La trilla se verifica en este país de una manera especial. Llegan los carros, conducidos por los trabajadores, con sus zaragüelles y sombreros anchos ó pañuelos á la cabeza, se descargan los haces, tiéndense y en seguida se sueltan á trotar sobre ellos en círculo cuatro caballos con los ojos vendados, á los cuales arrea constantemente un mozo. De manera que toda la operación se reduce á desgranar el trigo, con lo cual se simplifica extraordinariamente.

La vega de Benicarló es fertilísima. Produce de todo en abundancia, pero el agua escasea y es preciso buscarla por medio de norias, de que está la campiña cuajada, puesto que hay una por lo menos para cada heredad. De cada una de estas norias parte una red de canalillos y acequias perfectamente distribuidos. Si el riego fuera fácil, la huerta sería de una riqueza incalculable. Así, al decir de los labradores, no produce apenas lo suficiente para pagar las contribuciones, cosa que me cuesta trabajo creer, porque he visto infinidad de frutales frondosos, vifedos bien cuidados y trigos altos y espesos. Sin embargo, puede que los cosecheros tengan razón... aunque estas quejas son comunes á todos los agricultores del mundo.



CASTELLÓN.—Calle de Colón.

7—12 m.

Desde la orilla del mar se divisa un cerro abrupto, coronado por un castillo.

Es Peñíscola, que presenta á tal distancia formidable y temeroso aspecto.



CASTELLÓN.—Teatro Principal.

7-12,15 m.

Las mujeres del campo visten sombreros de paja de grandes alas, ó de fieltro con alas no menores, y pañuelo grande cruzado en el pecho, pero no atado á la espalda, sino sujeto á la altura del seno por un alfiler, y con las largas puntas colgando sueltas en la delantera.

7-12,20 t.

Nos metemos en la tartana que ha de conducirnos á la estación por una hermosa carretera recta festoneada de árboles. Vienen con nosotros el encargado de entregar y recoger el correo y un joven con sombrero de paja, muy vivaracho, á quien se conocen enseñada las ganas de entablar conversación. Sigámosla.

—¿Han tomado ustedes muchas vistas de este pueblo?  
—Sí, señor; pero inútilmente, porque se han echado á perder por una imprudencia.  
—¡Caramba! Lo siento. Porque, aunque malo en apariencia, Benicarló tiene cosas curiosas y algunos recuerdos históricos.  
—Nosotros no buscamos recuerdos históricos.

—¡Ah! La actualidad palpitante, ¿eh? ¿Por afición ó con destino á alguna publicación ilustrada?

—Para un periódico.

—¡Ah! Deploro entonces no haber sido á ustedes útil en algo. Yo también escribo, aunque poco. Mis ocupaciones perentorias al par que múltiples, me lo impiden. Aunque bien pudiera y debiera abandonarlas, porque este pueblo, hace pocos años próspero y rico, yace hoy en la más lamentable penuria. Once meses hace que el ayuntamiento no ingresa en caja cantidad alguna destinada á instrucción pública.

—Ese es achaque común á casi todos los ayuntamientos.

—¡Ah! Pero es que éste podía considerarse como modelo; pero todo está



Camposinos de Onda.

perdido, señores, todo está perdido.

—Pues el campodebe de ser fértil.

—Lo es, pero no lo que debiera. El hombre tiene que vencer á la naturaleza por medio de norias; el trabajo es rudo,

los productos no corresponden á los sacrificios, y de ahí que las agradas atenciones de la instrucción pública estén un tanto descuidadas.

7-1,20 t.

Hemos estado media hora en Alcalá de Chisvert. Es esta una población muy importante, con una torre, que es lo que se ve desde la estación,



La trilla en Villarreal.

digna de que la retraten los que pasen por aquí con la máquina en perfecto estado. Al otro lado de la vía, sobre empinado cerro, se destacan los restos de un castillo, del que se cuenta una tradición curiosísima. Dicese que en 1556 ignoro por qué causa, subieron á vivir al cerro del castillo, huyendo de alguna persecución acaso, cincuenta y seis familias de Alcalá. Bueno; pues lo notable del caso fué que cuando desaparecieron las circunstancias que les obligaron á la retirada y tornaron á la ciudad, volvieron los mismos individuos al cabo de veinte años, sin amento alguno en la colonia. Ni un solo matrimonio había tenido hijos en tan largo espacio de tiempo.

¿Dependerá esto de las condiciones climatológicas de aquel pedazo de montaña, ó será falsa la leyenda? Era cosa de que lo probaran los que, con escasos medios de subsistencia, se ven abrumados por numerosa prole.

7-3,15 t.

El camino desde Alcalá á Castellón, bordeado por las altas montañas verdes del Bajo Maestrazgo á la derecha y por la huerta feracísima limitada por el mar á la izquierda, tiene todos los encan-



ONDA.—Plaza de la Iglesia.



¡Sardinias fresquitas!

tos del litoral levantino de la Península. Llegamos á Castellón á las cuatro y cuarto, con el retraso consiguiente al transbordo que había tenido que hacer en Uldecona el tren que nos ha traído.  
—Ascolta, chiquet, ¿cuál es la mejor fonda?



Ascensión al castillo de Onda.

(Torregrosa sirve de intérprete, porque todavía recuerda algo del valenciano de su infancia.)

—La Igualadina.

—¿Está lejos?

—Aquí, á la volta.

La volta del chiquet nos ha parecido cosa de una legua, próximamente, sin duda por el molimiento del día.

Atravesamos una glorieta muy bonita, recorremos un extenso paseo y entramos en la calle de Colón, larguísima, ancha, que atraviesa la capital formando una cruz con otra vía también muy importante, la antigua de Enmedio, hoy de González Cneruá, en cuyo núm. 132 está la fonda.

Dejamos en ella los trastos y echamos á correr, siempre precedidos por el chiquet, en busca de la estación del tranvía de vapor que desde Onda conduce al Grao. Este tranvía, con su locomotora diminuta y sus cochecitos deslucidos, parece un jugueta deteriorado por un niño. Recorre desde Castellón al Grao una recta de cinco kilómetros que, atravesando una campiña deliciosa sembrada de naranjos, trigos, viñas, huertos, casas de labor, quintas de recreo, etcétera, etc., va á terminar en el mismo puerto.

7-5 t.

El Grao de Castellón no es una cosa del otro jueves; pero en la época de la exportación de naranjas, que ahora está en sus postrimerías, es bonito y de animación extraordinaria. Hay hoy dos barcos grandes allá lejos esperando la carga. Las naranjas llegan empaquetadas en cajas que se conducen desde los carros ó desde las vagonetas á hombros de los obreros hasta la lancha que las espera. Como ésta no puede acercarse mucho á tierra porque el puerto está en construcción, y no hay á la fecha más que una machina terminada, los hombres llegan á la lancha con las cajas acuestas y con agua hasta la cintura, formando una procesión *sui generis*. Cargada la barca, la empujan violentamente y un remero solo la conduce al vapor. Vista esta operación, la característica del Grao de Castellón precisamente, volvemos al tranvía, cuyo pasaje nos ha costado cuarenta céntimos ida y vuelta.

7-5,30 t.

Castellón ha prosperado, cambiando totalmente de aspecto en pocos años. Es hoy una ciudad grande, limpia, bien urbanizada, con edificios modernos muy notables, anchas vías y unos alrededores preciosos. Merece citarse, en primer término, el Teatro Principal, de elegante y sólida construcción, de aspecto casi monumental, decorado y adornado ricamente... y en el cual no hay función más que de bigos á peras, á causa de los archivos musicales, que Dios los confunda. De modo que aquel edificio soberbio, aquella sala elegante, bien proporcionada y lujosa, son poco menos que inútiles por las trabas impuestas por los mismos que de aquel y otros coliseos podían sacar pingües utilidades...



Onda.  
Naranjero.

Torregrosa está desconocido. No sabe de cierto dónde dormimos anoche ni en qué sitio hemos almorzado esta mañana; pero se ha deshabilitado extraordinariamente y anda como un condenado, sin acordarse para nada del *lit*.

Hemos llegado del Grao cubiertos de polvo, llenos de manchas, despeados y macilentos. Nos miran demasiado los transeúntes, porque debemos tener trazas de cualquier cosa mala. El dolor es que hemos dejado la maleta en Barcelona, no contando con este calor ecuatorial, y no hay posibilidad de mudarse de ropa interior, porque... hoy es día de fiesta (no sé por qué santo) y están cerrados los comercios.

7-6 t.

Hay varios cafés muy bonitos en Castellón, y en nuestra misma calle, sin ir más lejos. Optamos por el de la Habana, donde Torregrosa se empeña en enseñarme á jugar al dominó. ¡Más le quisiera adormilado como estaba antes, que despierto como está ahora, para mostrarme el sendero del vicio!



Onda.—Plazuela y entrada á la calle del Salvador.

De vuelta en la Igualadina, he tratado de remediar los desperfectos de la máquina, y cuando tenía descubierta una caja de placas... ¡pum! ha estallado como una bomba el tubo rojo. No he traído otro a prevención, porque no contaba con que los hados maléficos se me pusieran entrente hasta ese punto. ¡Todo sea por Dios!

Después, cayéndome de sueño, he lavado y relavado en el cubo que acompaña al palanganero alguna parte de mi ropa blanca. ¡Palabra de honor que había que verme! Quiera Dios que se seque para mañana a las seis y media. Si no se seca, estoy perdido.

7-12,35 n.

La Plana, extensa llanura que da apellido a la capital y a uno de los pueblos más importantes de la provincia, es una campiña plantada de viñedos, naranjos y toda clase de frutales, verdaderamente encantadora. El trayecto que recorre el tranvía hasta Onda es delicioso. Nos detenemos un momento en Almazora, por cuyas calles principales pasa el convoy entre estrepitosos silbidos, rasando en muchas ocasiones las fachadas de las casas. Hemos tenido ocasión de ver, de prisa y corriendo como es de suponer, algunos vastísimos almacenes donde se escogen y empaquetan las naranjas, empleándose en esta operación muchísimas mujeres en apretados y pintorescos grupos.

Otro tanto puede decirse de Villarreal, población de grandísima importancia comercial y agrícola, cruzada también en la misma forma por la estrechísima vía del ferrocarril económico, donde asimismo los almacenes de naranjas son lo más interesante y representan la principal riqueza del país. Por último, llegamos a Onda. El calor sofoca, aplana, es irresistible. No parece sino que cae del cielo plomo derretido.

Onda se extiende en la falda de un cerro en cuya cúspide se levanta un castillo medio desmoronado, y a la cual trepan con grandísima dificultad algunas callejuelas.

Apeémonos.

8-9,30 m.

¡Madre de Dios! No sé cómo estoy aquí para contarlo.

Después de recorrer en todos sentidos la población en busca de un amigo, a quien no hemos podido encontrar por cierto, se me ha ocurrido la malhadada idea de subir al *castell*, porque a mí los castillos y el mar me entusiasman poderosamente.

Por la parte que intentamos la subida, a nuestro parecer la más corta, los cimientos

de la fortaleza se asientan sobre empinadas y abruptas rocas entre las cuales crecen chumberas enanas.

Pretendimos buscar un sendero cuya existencia suponíamos locamente, y preguntamos por él a un mozo de un horno de ladrillos construido en la misma falda. El mozo, socarrón de suyo, como se vió luego, nos indicó una especie de senda que se abría entre los peñascos, y allá nos fuimos, trepando primeramente por una tapia ó muro de contención.

A los pocos pasos ¡ay! desapareció todo vestigio de camino.

Y cuando ya no tenía remedio comprendimos la broma pesada que había querido jugar nos nuestro improvisado guía, porque avisados sin duda por él, salieron todos los habitantes del horno, con la curiosidad malsana y burlona de ver en qué paraba aquello, que a su entender no podía parar en cosa buena, porque por allí no ha subido nunca nadie.

Junto al abrevadero de Onda.

Estimulado por el amor propio, desoyendo las advertencias juiciosas del músico, que se había sentado sin poder respirar a las primeras de cambio, me empecé en subir.

Torregrosa que, según me ha confesado después, vió claro y evidente mi fin trágico y se consideró solo en país desconocido, con un cadáver de que no podía dar cuenta, substituyó los consejos por injurias, y para obligarme a desistir me puso como chupa de dómine...

Verdaderamente creo no haber corrido en mi vida mayor peligro. Por la fotografía que va un poco antes no pueden ustedes formarse idea, porque Torregrosa, al disparar, tuvo que hacerlo naturalmente hacia arri-



CASTELLÓN.—Un albañil.



Carroceros de Castellón.



CASTELLÓN.—La Lonja.

ba, y la perspectiva resulta enteramente falsa, por estar colocados en el mismo plano el fotógrafo y el objeto retratado, que parece, por consiguiente, colocado en posición natural.

Las rocas están cortadas á pico, las chumberas á que puede uno agarrarse gateando tienen unas púas que se clavan hasta las en-



VILLAREAL.—Por agua.

tretelas, y á mitad del camino, cuando se me ocurrió mirar hacia abajo, estuve á punto de rodar presa del vértigo. Aquello no era una cuesta. Era una pared de pedruscos de espantable altura, desde la cual se dominaba el pueblo con sus callejones pendientes y sus casucas desiguales. Cerré los ojos y seguí trepando hasta tro-

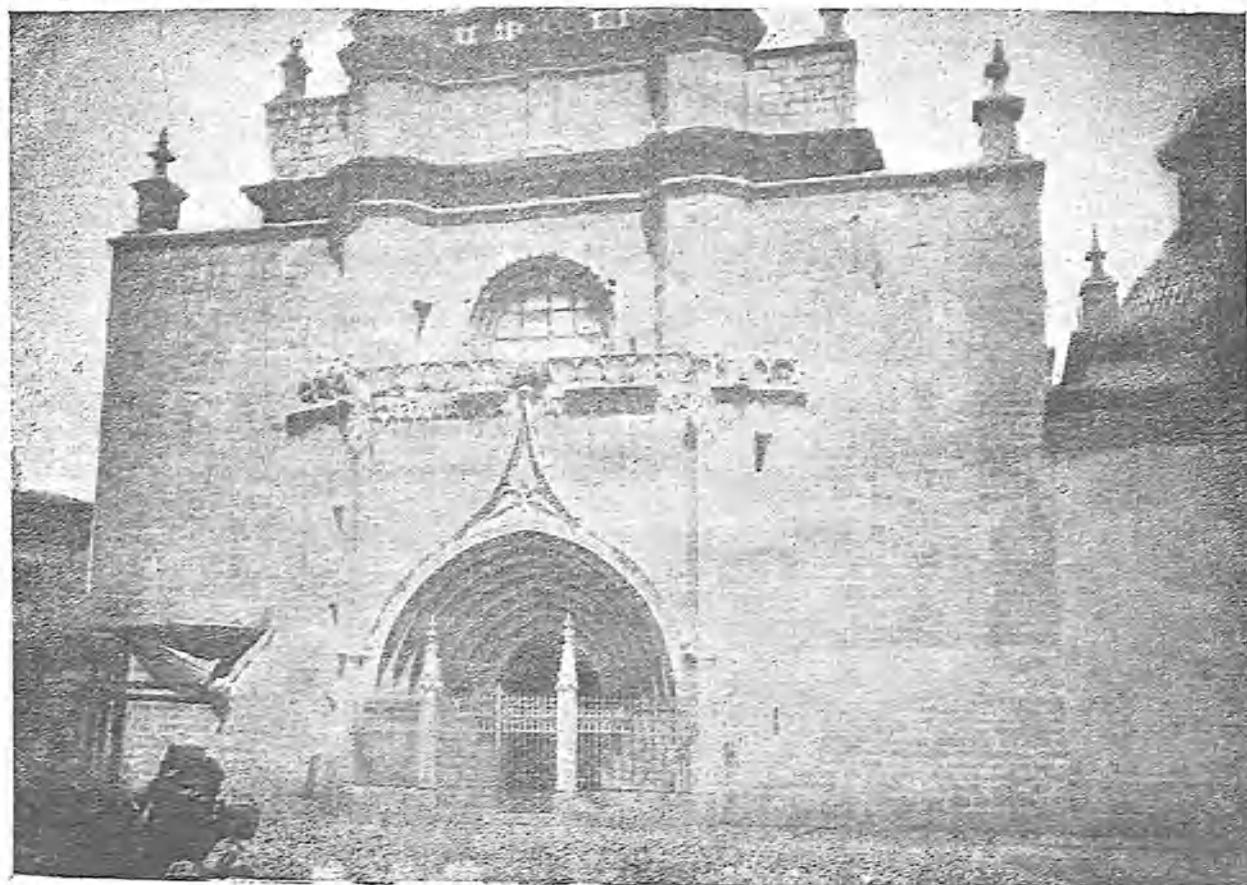
pezar con el muro, por creer que allí encontraría modo de dar vuelta al castillo y fácil bajada por el lado contrario.

¡Nada! ¡no había nada! Arriba la mole lisa, abajo las rocas escuetas. Mi compañero seguía gritando desesperadamente desde el promedio del edificio, pegado al suelo como una lapa y sin atreverse tampoco á mirar hacia abajo...

A todo esto el sol caía á plomo sobre aquella pared, abrazaban los pedruscos, y... vamos, que



CASTELLÓN.—Un mendigo.



CASTELLÓN.—Fachada de la Iglesia Mayor.

temimos morir. De mí sé decir que sentí que los cabellos se me erizaban, que me faltaba la respiración y...

¿Cómo bajamos? No lo sé. Al cabo de media hora de mortal angustia, con las manos destrozadas, deshecho lo poco que me quedaba de ropa, me encontré al pie del horno de ladrillos, empapado en sudor y á punto de la asfixia.

Si alguna vez van ustedes á Onda, no se les ocurra subir al castillo por aquella parte. Los milagros de esa clase no se repiten.

8—10,45 m.  
Entramos

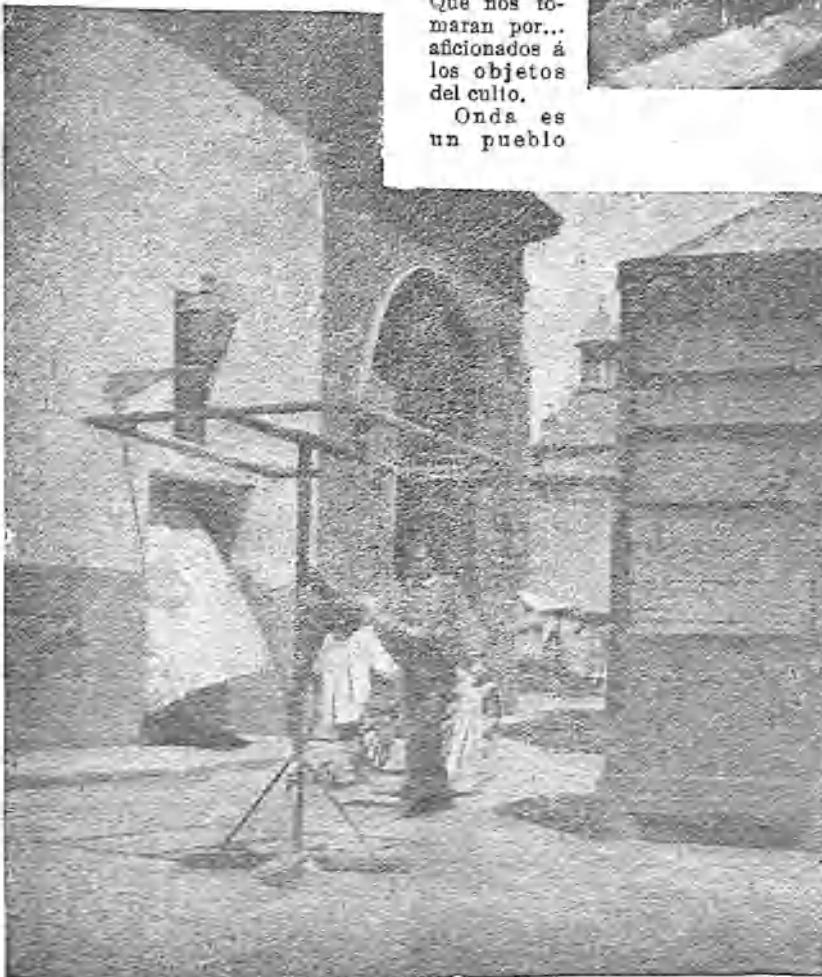


La infancia de Benicasim.

en la iglesia, amplia, recargada excesivamente de adornos en todos sus detalles, con los bancos dispuestos en dos filas laterales y un paso central que va desde la puerta principal hasta las gradas del altar mayor, en una disposición idéntica a la del patio de butacas de los teatros, y allí recobramos la calma, damos gracias á Dios por habernos sacado sanos y salvos del peligro, y recibimos un poco del fresco necesario para no perecer hechos brasas.

Estábamos completamente solos en el templo. Y el sacristán, escamado al ver tan á deshora dos extranjeros de mala facha, empezó á ejercer sobre nosotros una vigilancia ofensiva, recorriendo las capillas, yendo y viniendo con el pretexto de arreglar el altar mayor y dirigiéndonos á cada paso miradas oblicuas y nada tranquilizadoras. ¡Santa María! ¡Era lo único que faltaba! Que nos tomaran por... aficionados á los objetos del culto.

Onda es un pueblo



CASTELLÓN.—Plazuela de Pescaderes.

viejo, formado por callejas lóbregas casi en su totalidad, en las cuales abundan los retablos con sus farolillos correspondientes. Son notables la plaza de Isaac Peral, con unos soportales curiosísimos, y las rampas que conducen al castillo en su parte accesible, en las cuales hay casucas, plazoletas y rincones no menos curiosos que los soportales de la plaza.

Hanse perdido casi por completo los detalles típicos del traje valenciano; los hombres visten pantalón largo, alpargatas, blusa negra y pañuelo en forma de corona al estilo aragonés. Nada de zaragüelles ni de pañuelos imitando gorros.

La principal industria de Onda consiste en la fabricación de loza fina, en la cual la fábrica de los Señores Peris, hermanos, montada con todos los adelantos modernos, puede competir dignamente con las mejores de la Península.

Después de tomar unas botellas de gaseosa, que costaron cuatro *perretas* cada una (20 céntimos), con hielo y todo, emprendemos el camino de la estación, donde me ha costado grandísimo trabajo convencer al jefe de que no soy *fotografista* de profesión, como él dice, y de que, por lo tanto, me es imposible complacerle en su ardiente deseo de hacer un grupo de empleados.

8-11.50 m.

Estamos de vuelta en Castellón á la una de la tarde. Comemos de una manera asombrosa, y salimos con un calor inaguantable, insoportable, indescriptible, á limpiarnos las botas, que bien lo han menes-



BENICASIM.—Rancho de marineros.

ter, en el portal de la fonda de Europa, y á visitar lo que nos queda por conocer en la capital de la provincia.

Nos llama la atención la fachada de la iglesia mayor, que el curioso lector puede ver reproducida en el fotograbado correspondiente. Asomamos las narices y nos encontramos con un soberbio andamiaje que ocupa la mitad del templo. Sirve este andamiaje para hacer importantes reparaciones en el interior, reparaciones que (¡perdón si digo alguna herejía artística, pero por sabido se calla que soy profano!) yo creo que no le hacían mal-dita la falta.

Figúrense ustedes una iglesia gótica, del gótico primitivo, pintada de colores vivos, chillones, casi rabiosos, desde los cimientos hasta los rosetones del centro de los arcos. Estos colores hacen combinaciones caprichosas y variadísimas, cuadritos rojos, estrellas verdes, rayas azules, ramos amarillos... y ocupan las columnas, los frisos, las paredes, el techo, sin dejar libre de pintura ni el espacio que ocuparía una lenteja. ¿Es bonita idea, verdad? Pues para desarrollarla cumplidamente es para lo que se ha construido aquella magnífica colección de andamios...

Desde allí vamos á visitar los casinos; el Principal, amplio, con grandes salones, bien amueblado y dispuesto, y el de Artesanos, situado en *nuestra* misma calle, más pequeño, pero también elegante y de buen gusto, y terminamos la expedición en la peluquería de Colón, salón verdaderamente regio que no debe dejar de visitar el que caiga por Castellón de la Plana, porque de hacerlo perdería la ocasión de visitar el establecimiento más raro y suntuoso de esta clase entre todos los de España. Es de estilo árabe puro, con todos los detalles de su arquitectura, originalísimo en el decorado, rico en los adornos, excepcional, en fin, por todos conceptos. Cortarse el pelo allí viene á ser algo así como cortárselo en el paraíso de Mishomas.

8-3 t.

Las alpargatas de Castellón tienen fama europea; á construir las se dedican á todas horas numerosas familias



CASTELLÓN.—Calle de Enmedio.

habitantes en los arrabales, que hilan el cáñamo, lo tejen y cosen el calzado á las puertas de sus domicilios. No deja de ser curioso el cuadro que presentan los animados grupos de trabajadores, en sus sillitas bajas, dedicados á su monótona tarea en numerosas tertulias al aire libre.

En otro orden de ideas, la ciudad ha progresado en poco tiempo notablemente. Tiene muchos periódicos, redactados por gente lista, con excelentes servicios y editados á la moderna. Uno de ellos, el *Heraldo*, dispone de una información rápida y completa, gracias á la cual pudimos enterarnos gratuitamente, por una hoja impresa pegada á la pared de la sala de espera en la estación del tranvía, de que una crisis laboriosa, producida por una bofetada del Sr. Ministro de Estado á un respetable senador, se había resuelto con la continuación del partido conservador en el poder y, por consiguiente, con la afirmación tácita de que el guantazo no había sido cosa mayor ni que importara tres cominos.

8-3,40 t.

La primera estación entre Castellón y Tarragona, partiendo del primer punto, es la correspondiente al pueblo de Benicasim, residencia de verano de algunas familias acomodadas de la capital, que han construido junto á la hermosa playa una barriada de bonitos hoteles que se denomina Las Villas.

Desde este pueblo, sobre horriquillos que ya tienen la costumbre de hacer este género decaminatas, puede subirse á visitar el célebre Desierto de las Palmas, que ocupa una de las cumbres de la cordillera del Bajo Maestrazgo.

La fama del Desierto tiene por causa, más que el monasterio de frailes edificado en la meseta y sus ermitas adyacentes, el hermo-



CASTELLÓN.—El mercado.

so panorama que desde aquellas alturas se disfruta, y que hace olvidar al momento las incomodidades de la ascensión.

A un lado las altas montañas verdes, al otro la extensa y florida llanura de la Plana, limitada por la franja azulada del Mediterráneo, y bañando todo aquello un sol esplendoroso que hace resaltar los variados matices de la campiña...

Y dicho esto, vamos á Burriana.

No sin hacer constar previamente que es chocante la excesiva baratura de las diligencias, carricoches y tartanas en este país. Dejando aparte lo de los cinco céntimos del viaje á Morella, lo cual ya es *el delirio*, como diría un humorista de los de ahora, el caso es que el de Castellón á Burriana (doce kilómetros) no cuesta más que setenta y cinco céntimos. Y no sé si he dicho ya que el de Vinaroz á Benicarló nos costó veinticinco.

8-4 t.

¡Burriana!

Torregrosa ha venido de mal humor. No le suena bien ese nombre; se empeña en que ha de corresponder á un pueblo malo donde no vamos á encontrar qué comer ni donde dormir siquiera. Y ¡mire usted qué demonio! esos son precisamente los pueblos que á mí me encantan. Pero para que se vea lo que son las cosas: llegar y hacérsenos simpático, profundamente simpático á los dos, á pesar de la diferencia de gustos, ha sido una misma cosa. ¿A que no saben usted-



Playa de Benicasim

des por qué? Porque aquí todas las mujeres son muy guapas. ¡Todas! así, en redondo. Pero con una hermosura fina, distinguida, de una dulzura y de un atractivo extraordinarios. En los lavaderos, detrás de las rejas, junto á los almacenes y en los lujosos portales de las

casas ricas, señoritas y obreras parecen angelitos del cielo.

Y donde hay mujeres por el estilo no puedo haber nada malo.

8-5,30 t.

Nos hospedamos en la fonda de *Pepe*, donde nos ha dejado *motu proprio* el coche que nos ha traído de la estación, distante dos kilómetros de camino polvoriento y no exento de baches.



Al final de la misma calle hay una plaza, que creo que se denomina del Pla, y en esta plaza una fachada rara con un balcón de piedra. Nos han presentado á la señora de la casa que, con excesiva amabilidad, nos ha hecho visitar la finca toda entera. La distribución interior es tan rara como la fachada: en el piso bajo un patio andaluz, coronado por extensa galería de corredores, un larguísimo pasillo enlosado con baldosines finos que relumbran como brillantes; al final del pasillo un corredor amplio, elegantísimo, cuyos ventanales dan á un jardín, y á la derecha el despacho del dueño, decorado de una manera original y amueblado con verdadero gusto; en los pisos altos, corredores, galerías, alcobas regias, salones grandísimos, con costosos muebles, con adornos de un lujo severo... Pues bien, lo notable es que hay muchas casas

ra el tránsito de vehículos que ahora acarrean tan gran número de cajas; de modo que el tranvía, cuyas obras empiezan hoy, no puede venir más oportunamente.

Hay, pues, en Burriana muchísimos almacenes para la confección de la naranja, frase comercial que copio á la



BURRIANA.—Criadas de servicio



Una calle de Burriana.

como ésta en Burriana. ¡Y decía Torregrasa que no quería venir porque íbamos á parar seguramente á una aldehuela insignificante!

8-6,20 t.

Esta tarde se inauguran las obras de un tranvía que pondrá en comunicación el pueblo con el Grao, del que le separan dos kilómetros. De la importancia de este puerto podrán ustedes hacerse cargo por lo siguiente:

Un año con otro, el ingreso por exportación de naranjas á Inglaterra se calcula en siete millones de pesetas, y llegan á cargar la mercancía de trescientos á cuatrocientos vapores, algunos de ellos de primera.

Pues bien, la carretera de tercer orden que ahora conduce á la costa es insuficiente pa-

quiere gran costumbre de practicarla y una vista perspicaz para que no se escape la rozadura ó puntito que denota la falta de pureza en el fruto..

Pues bien, todavía después de esta segunda tanda repite el reconocimiento con las naranjas ya escogidas una tercera, y como estímulo para que aquél se verifique con la más exquisita escrupu-

letra, y en este momento histórico están terminando en el camino de la estación la construcción de uno más, de grandísimas dimensiones.

Su dueño, D. Bernabé Peris, uno de los principales capitalistas de la Plana, ha logrado acreditar sus marcas hasta el punto de que los productos de sus almacenes alcanzan en el mercado crecido sobreprecio. El crédito ha venido tras la actividad infatigable y el minucioso esmero con que se hace la selección del fruto.

Llegan y se desocupan en el almacén los carros de naranjas, que quedan formando montones. En torno á cada montón se agrupan unas cuantas mujeres con sendos capachos, en los cuales se distribuyen primeramente por orden de tamaños y de calidad. ¡

Hecha esta primera separación, pasan los capachos á una segunda tanda de obreras que escogen de nuevo las más finas, separando todas aquellas en que descubren la más pequeña marca. Claro es á que para esta operación se re-



BURRIANA.—Lavanderas en la acequia del Pla.



BENICASIM.—Las Vilitas.

loidad, cada una de las mujeres tiene de premio diez céntimos por cada naranja que encuentre con el defecto más insignificante.

Por último, en los capachos de esta tercera tanda vuelve aún á examinar la fruta otra obrera escogida entre las más inteligentes y avezadas, que observando naranja por naranja con el mayor cuidado, recibe una peseta por cada una de las que descubra con la menor sombra de sospecha de alteración ó polidumbre próxima ó



Del mercado.

remota. No hay que decir si la mujer pondrá en la tarea los cinco sentidos.

Se comprende que las naranjas escogidas con tal detenimiento y prolijo examen sean capaces de resistir la acción del tiempo y de los climas más varios, tengan fácil y pronta salida y se coticen á altos precios...

Esta marca entra se titula *Dios, patria y rey*, descubriendo con la mayor ingenuidad las opiniones políticas del dueño.

8-7,40 t.

Leabo de leer en *El Imparcial* un telegrama de su corresponsal en Barcelona participando que *La Madre Abadesa* ha tenido en el Teatro Eldorado «un éxito brillante y ruidoso».

¡Dios le pague la exageración piadosa!

Lo malo es que yo sé quién es el encargado de los telegramas de



BURRIANA.—Cerro de naranjas.

provincias en *El Imparcial*, gran amigo mío hace muchos años, y esta circunstancia me impide ensoberbercerme... obligándome á echar de paso un jarro de agua fría sobre el entusiasmo creciente de Torregrosa.

8-9 n.

Llaman á los habitantes de Burriana en el resto de la provincia los andaluces de la Plana...

Y, efectivamente, son de carácter abierto, dicharacheros, alegres, propensos á las amistades rápidas y á las confidencias íntimas. Y hay, además, en las calles de la población una animación y una alegría enteramente meridionales.

Hemos ido á tomar café al Casino Burriense, espléndidamente iluminado y rebotando gente, y allí nos ha sido presentado el alcalde, persona ilustradísima, de vasta cultura, amable, cariñoso, expansivo, que nos ha llevado á su casa, nos ha obsequiado con exquisita delicadeza y además nos ha acompañado en nuestro paseo nocturno.

Con él ha venido el maestro, su amigo inseparable; lo cual prueba que en Burriana no pasa lo que en Benicarló y que ingresan en caja con envidiable puntualidad las cantidades destinadas á las sagradas atenciones de la instrucción pública». ¡Mil años dure!

8-10 n.

La población, profusamente iluminada por la luz eléctrica, se compone en su parte antigua de calles estrechas y tortuosas, por-



BURRIANA.—Casa de D. Benjamín González.

que, aunque las casas viejas se han derribado ó reparado, hase conservado siempre la alineación primitiva.

Las acequias de riego cruzan en todos sentidos la población á flor de tierra, formando extensa y complicada red y dándola un aspecto extraño y característico.

Según nuestros dignísimos acompañantes, una de las buenas cualidades del vecindario consiste en no emborracharse jamás. No se sabe aquí lo que es eso. Y el que pretende averiguarlo da inmediatamente con sus huesos en el depósito hasta que se le pasa el mareo y no le quedan ganas de repetir el ensayo.

De modo que éste es un pueblo rico, hospitalario, *jacarandoso*, alegre, de costumbres irreprochables y de mujeres hermosísimas... ¿Pueden pedirse más gangas juntas?

Mi compañero hacía ascos á la venida, y temo que va á querer quedarse.

Por de pronto, habla de levantarse mañana muy temprano.

8-12 n.

Cinco minutos antes de la una, cuando con los ojos cargados de sueño me ocupaba en escribir de prisa y corriendo estos apuntes y preparar las placas para la labor fotográfica del día siguiente, se oyó un silbido estridente y prolongado que resonaba estruendosamente en las desiertas calles.

Salí al balcón á averiguar qué podría ser aquello, y me quedé, por de pronto, en ayunas.

Pero á la una en punto he salido de dudas, porque se han apagado de pronto todas las bombas del alumbrado público y... privado, y nuestra habitación se ha quedado sumida en la negrura de

las som-  
bras.

De mo-  
do que el  
pitoaquel  
avisaba al  
vecinda-  
rio que la  
fábrica de  
luz eléc-  
trica iba á  
suspender  
sus tareas

Con el  
auxilio de  
una vela  
continué  
mis ope-  
raciones.

9-1 m.

Nos he-  
mos le-

vantado mucho antes de lo que creíamos,  
porque el cariñoso señor alcalde ha venido  
á despertarnos á las seis y media. ¡Y yo,  
por causa del tubo roto, me había acostado  
á las tres! Poco después se ha presentado  
uno de nuestros amigos de Castellón, que  
ha llegado en el tren con objeto de acom-  
pañarnos también en Burriana y Nules.

¡Miel sobre hojuelas, y que Dios se lo  
pague!

No hay que decir que luego me he ale-  
grado sobremanera del madrugón, porque  
el día está verdaderamente hermoso, y he  
podido apreciar á mi gusto los animados  
grupos del mercado, de la multitud de ace-  
quias de las calles, con las márgenes ocu-  
padas por lavanderas guapísimas, y del  
trajín de caballerías y de carros cargados  
de naranjas dirigiéndose por el camino del  
mar. A la derecha de este camino, junto á  
las últimas casas de Burriana, está el al-  
macén de naranjas del D. Bernabé, citado  
más arriba. Es un salón inmenso, en que hay millones de naran-  
jas separadas en montones. Junto á estos montones hacen las mu-  
jeres las sencillas pero pesadísimas operacion-  
es de elegir, enpapelar y encajonar de que he tenido el honor de dar cuenta.

Todas se hacen en el más absoluto silencio. Hay en este punto  
órdenes tan severas, que la que despega los labios es despedida  
inmediatamente. Martirio horrible, sin duda, para aquellas po-



NULES.—Posada de las Almas.

bres mujeres, que trabajan desde las cinco de la mañana hasta las  
doce y desde la una de la tarde al anochecer, mudas, cabizbajas,  
con la monotonía desesperante de la igualdad de la faena y sin el  
entretenimiento de la conversación. Y así desde Octubre hasta Ju-  
nio, ganando una peseta diaria!

La industria complementaria del comercio de las naranjas es la  
de fabricación de cajones para el embalaje, que, como es de su-  
poner, se consumen en cantidades grandísimas. Los  
hemos visto hacer, con una rapidez extraordinaria,  
en la fábrica de puntas de París cercana al almacén, y  
en la cual se aprovecha la fuerza sobrante del motor  
para aserrar maderas.

Entran en los talleres los árboles enteros y á los  
pocos minutos salen los cajones completos y clava-  
dos. Primero, una aserradora divide el tronco en tro-  
zos iguales, después otra los da forma cuadrada y,



por último, una tercera los convierte en tablas con  
una velocidad vertiginosa. Obreros hábiles cogen  
aquellas tablas, las clavan por el aire, y en un santiamén  
quedan hechos y listos los envases de distin-  
tos tamaños.

Tal vista y tal costumbre tienen aquellos hombres,  
que la cabida de cada clase de cajones es siempre la  
misma, sin que quepa en ellos una naranja más ni  
deja de entrar una naranja menos. Así es que no hay  
que contarlas, sino tener cuidado de colocarlas con  
orden, siempre igual, y basta con eso.

Que no es poco, para quien no lo sepa.



La calle de Nules.

Con igual prontitud que las cajas se hacen las puntas de París de la manera más sencilla, por medio de máquinas poderosas, en las cuales entra el alambre, dispuesto convenientemente en rollos al pie de cada una, y sale, cayendo sobre capachos con un estrépito ensordecedor, convertido en clavos de tamaños diferentes.

Estos clavos pasan después á la sección de empaquetadoras, que los pesan y distribuyen, dejándolos dispuestos para la remesa.

Y nada más de Burriana. Salimos para Nules con un calor desesperante.

9—10,30 m.

Nules, la rival eterna de Burriana, cuyos vecinos no pueden verse mutuamente, está asentada como esta última, en medio de un inmenso bosque de naranjos, bosque que ocupa casi exclusivamente toda la llanura, desde el mar hasta las últimas estribaciones de la sierra del Maestrazgo.



Un carro de ajos.

ras llenas de gente. Quedan en los alrededores algunos restos de fortines que sirvieron en las guerras civiles, guerras que se hicieron en todo el país con grandísimo encarnizamiento y de las cuales quedan como recuerdo odios africanos y rencores hondos entre los bandos republicano y carlista, cuyas fuerzas están equilibradas en toda la región.

9—11 m.

De la estación de Nules parten las tartanas que conducen viajeros (cuando los hay) al cercano pueblo de Villavieja, situado en la falda de la montaña y donde existe un establecimiento de aguas termales, cuya elevadísima temperatura atribuyen los naturales del país á la existencia de fuego subterráneo.

Será verdad, porque hay aquí fuego en todas partes; no parece sino que se camina sobre un volcán y se caldea la sangre de un modo indescriptible.

¡Ay, Jesús, qué sofocación!



NULES.—Calle Mayor.



NULES.—Calle Ancha.

Es un pueblo grande, donde abundan también que es una bendición las mujeres hermosas y donde ha desaparecido por completo el tipo clásico de los zaragüelles. Ya no los hay, ni blancos ni azules.

El sol que alumbra y fertiliza aquella campiña deliciosa es verdaderamente de justicia. Cuesta trabajo dar diez pasos seguidos sin fatigarse, sobre todo si no se ha dormido arriba de tres horas la noche anterior.

Lo primero que encontramos, á la entrada, es una hilera de carros enormes cargados de ajos. No es posible ver en ninguna parte tantos ajos juntos, esparciendo un olor acre por la atmósfera caliginosa y pesada.

No hay en el pueblo nada digno de mención.

La Plaza Mayor es irregular, y en ella está establecido el mercado. Sus calles principales son la Mayor, que atraviesa la plaza, y la Ancha, paralelas, muy largas y á todas ho-



Uno de Nules.

9—11,30 m.

No puedo menos de contar una historia de amor, cuyos hechos acaecieron en Nules poco tiempo hace, y que á no haberla oído yo de labios de una persona allegada por parentesco á uno de los personajes del drama, hubiérala creído novela ó anécdota exagerada por la imaginación popular.

Eran ellos un galán y una doncella que se habían dado palabra de matrimonio, palabra que no podía cumplirse, á pesar de los ardientes deseos de los interesados, porque á ello se oponía no sé qué mezquina cuestión de intereses suscitada por la familia de una de las partes, ó de las dos, que de esto no estoy muy seguro.

La joven, cada vez más enamorada, decidió probar fortuna jugando á la lotería, y se dedicó durante unos cuantos meses á ahorrar con ese objeto.

Cuando pudo reunir determinada cantidad adquirió uno



NULES.—Rincón de corral.

varios décimos (tampoco esto lo sé á ciencia cierta), y esperó confiada en la suerte. Esta protegió en aquella ocasión al amor, y el número resultó premiado con una fuerte cantidad.



NULES.—Una chiqueta.

cho un arroz á la valenciana que era cosa de chuparse los dedos. ¡El recuerdo del arroz aquel no se borrará jamás de mi memoria!

9—12,30 m.



Ermита en el desierto de las Palmas.

Quando llegó la noticia á Nules, el novio se hallaba en el campo; su prometeda esperaba su vuelta con la impaciencia que es de suponer para participarle la grata nueva, que destruía los obstáculos que se oponían á su felicidad. Pero ¡ay! el hombre no volvió. Un accidente que tampoco puedo precisar, creo que el disparo casual de una escopeta, le privó instantáneamente de la vida, viniendo á cerrar para la pobre enamorada las puertas de la ventura, apenas entreabiertas por la casualidad.

La joven no vaciló un momento. Sacó los décimos del rinconcito en que cuidadosamente los guardaba, y con una serenidad estoica los hizo pedazos menudos...

Ya que la fortuna llegaba tarde para disfrutarla con el objeto de su cariño, despreció la fortuna.

9—12 m.

Nos alojamos por poco tiempo en la Posada de las Almas, del tipo clásico de las posadas, con su zaguán lleno de carros y su fogón en un rincón, su corral con pesebres, gallinas y pozo...

La posadera nos ha he-

CASTELLÓN



Plaza de la Constitución.

Como, sin embargo de esto, la baratura no abrevia el camino, tenemos que prescindir de la ganga por falta de tiempo. Porque de cinco céntimos sobrantes podemos disponer aún, gracias á la Divina Providencia, y mil años duren.

Ello es que Morella, según los escasos datos que tengo á la vista en este momento, es una antiquísima plaza fuerte, cabeza del Maestrazgo y teatro de sangrientas peleas en las guerras contra los carlistas, en la primera especialmente.

Su industria principal consiste en la fabricación de mantas y fajas, que disfrutaban gran nombradía en todas partes, y de tal modo floreciente que en las listas oficiales figuran más de treinta fábricas de fajas y hasta media docena de las de mantas...

Segorbe es una ciudad de más de ocho mil habitantes, con obispado, seminario, una catedral muy notable, un teatro, cuatro casinos, Monte de Piedad y muy hermosos paseos.

Rodeada de frondosas é innumerables huertas, disfruta, por lo tanto, de muy pintoresca campiña y de perspectivas deliciosas.

La parte antigua de la población se compone de casucas viejas, destartadas y desiguales, formando calles tortuosas; la parte moderna es, por el contrario, digna de una ciudad de primer orden.

Hay fábricas de tejidos, de papel, de almidón y de aguardiente, y su principal comercio consiste en la exportación de frutas de sus huertas y de aceite de superior calidad que su campo produce en gran abundancia.



DESIERTO DE LAS PALMAS.—Huerto del convento.

un tris estuvo que entrara como un rayo por la ventanilla y dejara tuerto ó en el sitio á cualquiera de nosotros ó de nuestros compañeros de viaje.

¡Buena despedida!

9—3,40 t.

Y aquí se acaban las memorias íntimas... por ahora.

Desde Barcelona saldremos á recorrer la provincia de Gerona. El que quisiere saber cómo acaba la excursión el bueno de Torregrosa, desconocido de puro despabilado, espere la descripción del Ampurdán y tenga paciencia. ¿Que va para largo? ¡Ay, sí! para demasiado largo tal vez, pero hay que tener en cuenta que yo también hago de tripas corazón, y paso por la carencia de sueño, por las descomposturas de la máquina y por los estallidos del tubo rojo...



# EPÍLOGO

( A N T E S   D E   T I E M P O )

No hay que darle vueltas. Esto no puede continuar.

Prefiero confesar leal y sinceramente mi equivocación á buscar subterfugios y explicaciones falsas para quedar en buen lugar con mis escasísimos lectores.

La obra magna en que yo había soñado, y en la cual puse durante un año de sinsabores y fatigas toda mi actividad y mis cinco sentidos, queda aquí trunca... hasta sabe Dios cuándo.

La Providencia ha querido sin duda castigar los arranques de soberbia del prólogo, y sin quitarme la salud, me ha privado de los alientos. ¿Cómo? Demostrándome que no basta la voluntad de un hombre cuando se empeña en una labor superior á sus fuerzas. Porque si se puede luchar enérgicamente con el cansancio físico y hasta con la escasez de recursos, no hay quien resista el aplanamiento moral que produce en el que á tales empresas se lanza la manifiesta y clara indiferencia del público.

Y ¡qué demonio! es preciso declarar noblemente que mis apuntes de viaje, los que yo pensaba que venían á *llenar un vacío*, no han interesado á nadie, ó han interesado á muy pocos. El periódico á que acompañaban estos suplementos ¡que se repartían gratis! no ha aumentado poco ni mucho su tirada ordinaria, haciendo fallar los cálculos de cuantos se precian de entender de estas cosas. Se ha dado el caso lastimoso, y por desgracia muy repetido, de que los corresponsales de provincias hayan hecho *rebaja* en sus pedidos precisamente cuando se publicaban las descripciones, fotografías y dibu-

jos correspondientes á sus respectivas localidades. El desvío ha sido, pues, manifestado en forma que no ha dejado lugar á dudas.

Y como yo no he creído jamás en los genios no comprendidos y acostumbro á mirar las cosas propias con la misma seriedad de juicio que las ajenas, he sacado la consecuencia lógica de que, cuando á nadie le gusta lo que hago, será porque lo hago mal, no porque todos se pongan adrede en contra mía.

El que se mete en lo que no sabe hacer debe dejarlo, y yo lo dejo.

Sin embargo, con la misma franqueza con que confieso el error digo que, por un resto de vanidad ridícula, sigo encariñado con la idea, lo cual es inevitable porque el amor propio no razona, y así como generalmente el hombre que comprende que una mujer le engaña se obstina en su amor con más fuerza, yo no desisto de llevar á cabo el plan completo, pero no ya como obra *de utilidad pública*, sino como satisfacción pueril de la testarudez, para mí solo y para el reducido número de amigos particulares que en tal disparate me sigan.

Con ese solo objeto abandono mi MADRID CÓMICO en manos de otra empresa que le cuidará como si le hubiera criado á sus pechos, y en él anunciaré mis trabajos hasta su terminación, si ésta llega.

Pienso, pues, escribir el verdadero epílogo en 31 de Diciembre de 1900, si fuerza mayor no me lo impide.

El chasco ha sido bueno. ¡Dios me lo tomará en cuenta!

*Sinesio Delgado.*

